



Andrés Aldao

*Calles  
Empolvadas  
de Recuerdos*

Relatos sobre una ciudad  
húmeda, atroz e irrepetible,  
y su gente

Maalot • Caballito • Buenos Aires

Año 2004

***CALLES EMPOLVADAS DE RECUERDOS***

es editada por el autor con el auspicio de la FUNDACIÓN IWO de la República Argentina, a cargo de la distribución y venta en el Río de la Plata.

**Primera edición: septiembre de 2002**

**© Todos los derechos reservados  
Andrés Aldao**

**Registro de la Propiedad Intelectual:  
Registration No. 00110007100202  
MIRAZ – Copyright Center – 2 de febrero, 2002**

**Impreso en DORGRAF  
Allenby 100 – Tel Aviv – Israel**

A la colega y amiga Paula Margules, mi  
agradecimiento por la lectura, comentarios  
y sugerencias al manuscrito de

***Calles Empolvadas de Recuerdos***

**A.A.**

## **A vos, Analobezna...**

He borroneado estos relatos consagrados a Buenos Aires, mi cuna húmeda, atroz e irrepetible, con la experiencia que me ha dado la vida. Hay en ellos melancolía, tristeza, amor por la criatura humana, e incluso humor.

Empero, tomé en cuenta, y cuánto, las sugerencias y críticas de mi amiga Esther Susana, Analobezna, que comparte conmigo el eterno combate de la vida.

Dejé en sus manos, pues, este manuscrito que resume mi trabajo y el de ella: mirar por encima del hombro mientras los dedos transcribían mis pensamientos, sueños y fantasías, y luego desmenuzar, una a una, las páginas que fui entregándole mientras esperaba ansioso la hora del juicio letal.

A ella, Analobezna, la amiga, camarada y combatiente, a quien le cabe el mérito liminar y la virtud de haber expulsado de mi vida «las tinieblas, que al principio fueron», dedico con la ternura que se merece estos frutos otoñales de mi inspiración.

**(A.A.)**

# Reflexiones

**Hay quien sostiene**, metafóricamente o tal vez como filosofía, que no existe un infierno pavoroso y contrapuesto a la vida, sino que este mundo real y conocido es a la vez purgatorio e infierno. Si así fuera, no sólo habría un castigo para purgar nuestros pecados sino que también debiéramos obtener el cielo como premio: un paraíso de felicidad suprema y eterna.

Yo prefiero pensar que este mundo, y la vida que el ser humano despliega en sus infinitas posibilidades es, en esencia, una escuela: una escuela en la que no obtenemos ningún diploma escrito que podamos enmarcar y colgar en el *living*. El diploma es solamente la satisfacción interior, el profundo sentimiento de autoestima que nos ensancha el pecho y nos da algo parecido a la felicidad. No una felicidad sin fin, sino pequeños instantes de plenitud, el alma henchida por un sentimiento de unidad con nuestro íntimo yo y con el universo.

Andrés Bello estudió en la escuela de la vida durante 72 años. Fue aplazado por el sistema, pero obtuvo sobresaliente entre las personas de bien. Luchó por la justicia y por la paz, se jugó por los ideales que aún son válidos porque no se han alcanzado. Ideales que no se limitan a una bandera determinada o a un cierto partido político, sino que son los que a lo largo de la historia humana fueron reivindicados por los explotados, los colonizados, los esclavizados por la codicia y la inmoralidad.

Nunca pactó con el diablo, ni en lo ideológico ni en lo económico, aún en los peores momentos de su vida, cuando tal vez podría haberse justificado con un no

tenía otro remedio. Siempre hay un camino de honor y de dignidad, pero ese camino no tiene atajos.

Para el lector que busca el recuerdo melancólico de años que ya fueron, para el que sufre con la miseria de los argentinos expoliados por los delincuentes de la política –como tantos otros pueblos de nuestro planeta–, para el nostálgico soñador y para el que aún no perdió la esperanza, son estos nuevos cuentos y relatos fruto de la imaginación y las añoranzas de Andrés Aldao •

*Esther Susana Durman, agosto de 2002*

## Prefacio y Confesión

**Presento al amigo** lector estas narraciones que tienen por escenario y protagonista silenciosa, explícita o implícitamente, a Buenos Aires y su gente. Buenos Aires única, amada e indivisible. En ***Calles Empolvadas de Recuerdos*** hay lugares, anécdotas y personajes con los que muchos lectores se identificarán. Recuerdos de aquella remota niñez, adolescencia y juventud en el barrio de Caballito desde los años treinta hasta fines de los cincuenta: la pibada de la calle Figueroa; la fábula inverosímil de *Violita*; los inolvidables amigos de Arengreen recobrados en *Aserrín Aserrán*; el *Recorte Amarillo* en el que está amurada María Teresa Lamborghini, víctima de los criminales del proceso. O Rubén, el de los *Ojos Celestes*, cuyo padre conlleva su dolor y una culpa que no es tal. Y los personajes marginados de la Argentina de estos días: Tomás Achille, Bolita *MOBE LA KOLA*, el pibe de *La Sonrisa*, la familia Giménez, Roberto y la Turca Isabel, Luciano Peralta. O los Blum y el Turquito Baltasar; y el pequeño drama del *Hombre Viejo y Cansado*, o el tierno amor adolescente de *Olga Galleguita* que culmina en tragedia. Y cierra la serie *Hambrienta que diste el mal paso*, óleo cruel de la urbe de los días que corren. Todas son historias pergeñadas al correr de realidades y ficciones que se hicieron relato, cuento, sarcasmo, humor, infortunio.

Como es habitual, la nostalgia por Buenos Aires sigue causándome obsesiones, recuerdos enrevesados y sueños entrañables que, sin pausa, atiborran mi memoria. Son como capas superpuestas que descienden o trepan sobre el papel vacío que aguarda, impaciente, el tecleo de mis fantasías, lo que contemplaron mis ojos a lo largo de tantos días y noches; las visiones oníricas y los anhelos; las ternuras que me dieron y el amor que yo brindé. Viví en Buenos Aires durante 45 años. Fui taconeando por esas vereditas de barrio, recreándome con las casitas humildes y el vecindario donde me crié entre ese catálogo étnico y heterogéneo del género humano: tanos, gallegos, judíos, turcos, griegos y criollos. Remontando sonidos del ayer atesorados en la memoria, me repican, como campanas que doblan por añorados recuerdos, el idish aporteñado y el porteño joiwes voivos

de mis viejos y sus coterráneos, las expresiones shesheantes de los gallegos, los dialectos cocoliches de los tanos, lenguas de las generaciones de la inmigración desvanecidas en el silencio del sueño póstumo y eterno.

¡Mi madre! Qué ciudad llorona y afligida, esperpento y trapisonda de asfalto tanguero, empedrado milonguero con aquellas pibitas minonas ocheando las piernas enfundadas en esos timbetis pulsera de taco obelisco. La música de tango, claro, me pasmó la vida, me insufló sensibilidad y melancolía. Y las letras fueron la filosofía popular de los bardos de la canción rioplatense, de los que mamé sabiduría, misericordia, picardía, ternura. Fueron los tiempos en que anduve por el centro de la urbe respirando la roña ciudadana, atrapando con humor nostálgico las uvas trapiche de la melancolía rioplatense, extasiándome con aquellas papusas que ahora bizquean en mi memoria encajonadas en la preteridad.

Aunque no olvido, claro está, las prisiones, las torturas, las derrotas y la muerte de viejos camaradas y amigos, alegoría de una vida duplicada: la del obrero y periodista inserto en la sociedad civil, y la del hombre de las tinieblas vencido y desterrado...

Sí. Soy un hombre de Buenos Aires. *Tengo ese no sé qué, ¿viste?* Y siempre recibo el mismo reproche: que vivo en Israel y escribo escenas, episodios y melancolías de esa ciudad húmeda, atroz e irrepetible que es Buenos Aires. Y yo les respondo, que a una madre no se la olvida, aunque uno haya abandonado el hogar. Y a un padre se lo sigue queriendo a pesar de las palizas que nos ligamos. Y si los perdimos jóvenes, y si apenas existen de ellos difusas imágenes, se construye entonces un contexto idílico creado por un anhelo insatisfecho de amor filial. Para gratificarnos la memoria. Para tener un altar, un ícono cálido y amigo. Para consolarnos siempre en el recuerdo de ese cacho de vida irre recuperable.

Concebí este nuevo libro según mis estados de ánimo, en base a recuerdos y pizcas de fantasía. Alerta siempre a los chispazos de la inspiración. Mi estilo no tiene normas ni patrones. Me fastidian las normas establecidas, y las técnicas de escritura Ramsés; tan rígidas como los huesos de los miembros de un club de momias. He pretendido escribir mis trabajos con ironía, bronca, piedad, cólera e incluso con un indisimulado amor por el prójimo, para

gente que padece de una sensibilidad incurable, que desea entender, sonreír, indignarse y lagrimear con lo que lee, y lee lo que le llega al corazón y a la mente, que comparte los sentimientos del autor, melancólico, sonámbulo, contestatario. Sé que soy la voz colectiva de un éxtasis nostálgico, de un oasis de percal y terciopelo, de una época que se va borrando, plegada por el tiempo que se marchita y desvanece. Mis textos no van dirigidos a élites asépticas: El estilo es el hombre... Estas son mis normas.

En varios escritos empleo el lenguaje coloquial y cotidiano del Río de la Plata. Aparecen palabras vesre o populares, confundidas a veces con un supuesto lunfardismo. Y algunos personajes usan, es cierto, términos lunfardos. Qué le vamos a hacer: *vox pópuli vox dei*. La gente tiene su lengua. Es también la de mis personajes. Y la mía, por supuesto.

No soy un autor consagrado, al estilo de los que aparecen con frecuencia en las gacetillas literarias. Las críticas y opiniones recibidas de excelentes amigos del Río de la Plata y de Israel instándome a seguir escribiendo, me han dado vigoroso impulso. Aunque me importa hacer conocer mi obra, si nadie me leyera, si mi obra no perdurara, diré con Borges: *No creo que recibiría esa noticia con alegría, con satisfacción, pero seguiría escribiendo, ¿para quién? Para nadie, para mí mismo..*

Dentro de un siglo, ciertamente, las historias que relato, las calles y barrios que transito en estas narraciones, los personajes que describo, serán una mera curiosidad histórica rescatada por algún fisgón de libros anticuados, o por algún estrafalario aficionado de antigüedades yacentes en su reposo eterno en sarcófagos de bibliotecas ganadas por la polilla •

*Andrés Aldao, Maalot, septiembre de 2002*

## Chamuyos de Saúl...

«**Te paso a buscar**» le dije a Abi (Andrés Aldao) por teléfono. Voy a la cita manejando despacio, como saboreando el encuentro. Lo veo salir de la casa de la calle Piedras. Ahora porta una barba corta que le da un cierto aire de escritor ruso de principios del siglo XX. Pero es el mismo *Abel*. Como los buenos vinos, tiene el sabor que da el añejamiento pero su esencia está intacta. Después de tantos años (¿treinta, cuarenta?) reiniciamos nuestra conversación como si nos hubiésemos visto ayer. Así son las cosas entre «gomías».

En el tiempo que duró su última visita confirmé que Abi estaba en pleno estro literario y que su producción trascendía el marco de la temática social al que me tenía acostumbrado. Había leído algunos cuentos que tuvo la gentileza de enviarme por correo electrónico, y me entusiasmó esa, su vena «Arltiana». Leí la biografía sobre Natan Trainin y me gustó su estilo afectivo pero despojado de florituras, que tan bien acompaña a la personalidad poderosa y humilde de Trainin, a quien tuve la suerte de conocer personalmente.

Un grupo de viejos y nuevos amigos nos conjuramos para ofrecerle a Abi un carril local desde donde auspiciar su obra: el **IWO (Idisher Visnshaftlejer Institut)**, entidad arraigada en la cultura judía universal con una especial preocupación por la producción de los creadores judeoargentinos.

Por eso **Calles Empolvadas De Recuerdos** tiene el apoyo de nuestra institución con sede en Buenos Aires. ¿Cómo no habría de tenerlo si su contenido es el epítome de la porteñidad?

Siempre pensé que la suerte (que es grela) nos jugó una mala pasada. Por un cachito así no llegaron a conocerse personalmente Abi Ben Shlomó y Pedro Szyلمان. Hubiera

sido antológico disfrutar de un encuentro con ambos . No pudo ser...

De Pedro dimos a conocer **Las Cuarenta**. De Abi estamos decididos a difundir su “**Calles**” por el ámbito del Río de la Plata. Esta continuidad temática nos llena de orgullo. Además, sentimos una gloriosa sensación de revancha: Finalmente ambos se encontraron. ¡No todas son “pálidas”!  
Gracias pues querido Abi. Vayamos de tu mano a recorrer veredas y empedrados, a visitar amores y dolores. Que el viaje nos sea propicio. Amen, Sela.

**Dr. Saúl Drajer, Presidente del IWO**  
**Buenos Aires - Argentina**

## Réquiem para una ciudad difunta

**Una recorrida** fugaz, entretenida y melancólica; un regreso a los pasillos de la memoria desde las rendijas del exilio. Relatos sobre una ciudad que ya no existe y amistades extraviadas, personajes pintorescos que nutrieron a Buenos Aires con la llama de la amistad, el gesto solidario o el pintoresquismo barroco.

La imaginación me transporta a mi ciudad cuna. La urbe en la cual anduve soñé, amé y sufrí durante muchos años. Es la fábula que me mantuvo íntegro durante los tiempos de este destierro ya irreparable.

He retornado a ella varias veces. Cuando ahora la veo no la recobro. El encanto del reencuentro se fue quebrando, como un espejo roto que se va haciendo añicos, cada vez más, cada vez más hasta que van penetrándote minúsculas partículas desprendidas de esa rotura incestuosa. Es como una sensación de dolor que se convierte en suplicio.

A veces creo que me la han birlado. O tal vez ésta, tan desconocida, distinta, feroz y hosca, no es Buenos Aires. Quizás es una imitación bastarda, un recorte adulterado, un fragmento de vidas y costumbres de una ciudad y un país que se han copulado con la aldea globalizada y la miseria existencial. Que ha muerto, como una flor marchita que se arrebujá y descompone antes de marcharse al infinito.

Forastero y confundido, voy desplazándome solitario por calles cuyos nombres me dicen tanto y hoy no reconozco, mirando edificios que despistan mi memoria y me empastan los recuerdos; contemplando a esos hombres y mujeres que pasan como ráfagas de hojas secas que se van perdiendo en la anónima frialdad de la urbe.

Esta Buenos Aires, inundada de nostalgias que mueren irremisiblemente. Ciudad helada que ha perdido la

misericordia solidaria, urbe donde se extravían las carencias de los pobres, donde se pasean el crimen barato y la droga siniestra. Tan siniestra como los turbios personajes que andan por ella como pústulas del crimen con esas pistolas cargadas de balas hambrientas de nuevas muertes.

Y los vicios cosmopolitas empilchados de esmóquin esperando a los incautos resabiados que husmean en las alcantarillas del Buenos Aires siglo XXI. El polvillo fatídico, o la jeringa, que generan una calma letal o una euforia que envuelve a los incautos en esa agonía macabra, lenta e implacable: en sudarios de vacío, asaltos, crímenes, secuestros y muerte.

Retomo una y otra vez las calles empolvadas de recuerdos, de caras desdibujadas que vuelven del pasado. Y pienso en la vida que fue secuestrada por el tiempo que transcurre inexorable. Ahora es sólo un pasadizo de la nostalgia, de los tantos que se entrecruzan, que a veces mortifican o alegran y confunden. Y siempre duelen.

Es cuando uno cae en la cuenta de que está envejeciendo. Que la ciudad que se transforma nada tiene que ver con el que fuiste. Y que la ciudad que fue, nada tiene que ver con el que sos. Y los barrios reciclados son una réplica atroz de tu propia vejez, emparches soeces de la decrepitud, de la pérdida de vitalidad. De esas arrugas cada vez más arrugadas; de ese cabello que fue deshojándose hasta esta calvicie que te ofende y fastidia.

Y entonces, mientras viajás en un bondi azul y rojo de papel glacé por calles imaginarias de un barrio fantasma, te susurrás, con una mansedumbre inexplicable: ¡Qué joda fulera que ahora deba verte así, Buenos Aires envarada, vacía e insolente! ¡Requiescat in pace •

Buenos Aires, Caballito I

## Esta murga se formó

**Pienso que** recordar anécdotas y vivencias de la niñez forma parte de un periplo ineludible. Revivir aquellas escenas es como regresar al hogar paterno, a los años y los episodios de la infancia, reexaminar las relaciones con los viejos y penetrar en los secretos de aquel mundo olvidado. Generalmente, uno se siente melancólico imaginando coloquios crípticos con vivencias que nos atraviesan como destellos fugaces del ayer. Recobramos el tiempo, los amigos, la calle adoquinada, los enojos, los misterios de la luna. Y nos recobramos también nosotros, intactos pero veteranos con una sapiencia que entonces nos hubiera sido muy útil; apenados por saber que es un anhelo onírico, un deseo imposible mutilado de la realidad. Como un sueño agradable y nostálgico, pese a todo. Son los días que se recuerdan como un diario íntimo que anda boyando en nuestra memoria. Porque es, también, el barrio chico, la patria inmensurable e íntima, el escenario entrañable que recorrimos estremecidos por la alegría de vivir. Es que anécdotas y lugares están tan imbricados, que no se pueden disgregar. Como si las virtudes de los hechos fueron sólo posibles gracias a la calidez del empedrado, las baldosas quebradas de las veredas, la policromía inocente de puertas, balcones y frentes del barrio remoto, o de la calle acogedora, testigo de inagotables secuencias de

nuestra niñez. A los que amábamos como a una tía bonachona que nos consentía sin preguntar •

**De pronto**, cabalgando en un imaginario caballo de calesita, me cruzó por los hemisferios cerebrales la palabra carisma. Congelé entonces recuerdos de minas y vagos y me acordé de las murgas, del Turco Adel, de mi barrio, Caballito. De esa infancia feliz infeliz en que la pobreza era un bastión de dignidad, y los ricos copetudos eran los turros que pasaban a nuestro lado apretándose las fosas nasales con elegancia tilinga para no aspirar nuestra roña proletaria. Qué intrínquilis, ¿no?

Pero estaba en la murga. Fue en 1940, y lo recuerdo porque ese año los boquenses salieron campeones. En aquellos tiempos las murgas eran una institución barrial, una muestra del talento popular, un fenómeno social de magnitud. Y a un barrio que tuviera una pizca de orgullo no podían faltarle sus murgas.

Figuroa al 1200, entre Paramaribo y Paysandú y sus alrededores, era nuestro barrio. La capital enana de Caballito, una de las pocas calles con barra propia en la que nos trompeábamos y soñábamos juntos hijos de tanos, turcos, gallegos y rusos.

Divagando, pateando cascotes o lo que fuere, decidimos ese año formar una murga. Nos juntamos bajo la ventana de doña Mercedes, la vieja gruñona que siempre nos amenazaba con llamar al vigilante, y terminaba tirándonos un balde de agua jabonosa desde su terraza. Y nosotros, devolviéndole la gentileza, tocábamos el timbre a la hora de la siesta, o con necio deleite golpeábamos sobre las forjas del balcón bien entrada la noche.

La Mercedes, pues, nos piantó. Furiosa. Cambiamos de escenario. Nos fuimos chinchudos hacia la casa del Nato Millán, que por su labio leporino tenía la voz gangosa y emitía sonidos guturales pasmados antes de salir de la boca. Aunque nosotros entendíamos, lo mirábamos con los ojos en blanco y después lo imitábamos en nuestro vodevil nocturno

alrededor de la *fogarata* en el baldío, cancha y miniteatro de Figueroa y Paramaribo, en la que calcinábamos papas confiscadas a nuestras viejas.

Todos los vagos desfilaríamos al rato por la acera resbalosa de la casa de derpas fifis, en la mitad de cuadra, que baldeaba la encargada mezcla de hipopótamo y cara de laucha amargada. ¡Vayan a la escuela, atorrantes! nos gritaba, volcándonos su inquina porque le meábamos todas las noches el noble paraíso que había frente a la entrada del edificio. Y esa mañana en particular porque restregamos las patas con cariño de papel de lija. Y porque nuestras suelas, pegajosas por un lodo chocolate medio diarreico, enchastraron la vereda, la visión y los nervios de la cascarrabias.

Resumiendo. Los perínclitos miembros de la barra aceptamos participar en la murga. Cuando llegó el momento de ponerle nombre y armar versitos, la que se armó fue la gorda. El gallego Horacio, entusiasmado, sin darnos tiempo a sentarnos, propuso de raje un nombre para la murga: Los Pulguitos de Caballito. Los pibes nos miramos. Y todos le pusimos al gaita una jeta de lástima.

—¡Sacale las pulgas a tu hermana, gallego atrasado! —le dijo con sorna Peluca. Casi se agarran. Pero la noerma del gaita no tenía pulgas: todo lo contrario. El muy cachuzo de Peluca se lo largó con envidia tufosa.

El Turco Adel, frunciendo su frente tan ancha como el horizonte, propuso, con finura oriental, el nombre que se le había ocurrido para la murga: Los Piratas de Figueroa. Una ovación recibió la propuesta del Adel, y el gaita se sintió humillado. Es que el Turco Adel era, sin saberlo, uno de los capos de la barra, un carismático. Nos bastaba su palabra para seguirlo hasta el infierno o el arroyo Maldonado, donde pescábamos chanchonas (mojarritas). Y además, debo confesarlo, el nombre que propuso el Turco no era casual. En esos días nos pasábamos de mano en mano libros debidos a la pluma de Emilio Salgari e historietas con las aventuras de

piratas: El Tigre de la Malasia, Sandokán, Los Tigres de Mompracem.

Ya nos disponíamos a ensayar las piruetas del carnaval e inventar nuevos versitos, bocetar los trajes de arpillera y las gorras para el importante evento (además de los instrumentos de percusión) cuando el malogrado Emilio Pajarito pidió la parola y preguntó, con esa voz de flauta que patina, si él podría proponer otro nombre para la murga. Se hizo un silencio pesado. El gallego Horacio, resentido, largó una risa de petardo a repetición. Adel, estupefacto, asesinó a Pajarito con la mirada. Yo me tapé los ojos esperando lo peor; y el Peluca Osvaldo, tragando algo de saliva echó para atrás su flequillo Calfucurá, y dijo:

—¿Pajarito es parte de la barra, no? Que proponga el nombre de la murga, ¡¡qué tanto joder!

Nos miramos. Adel, finalmente, le hizo una seña con el dedo, y Pajarito, con un julepe que lo tornó más pálido que nunca, tomó la palabra y berreó con esa vocecita quejumbrosa de gallo despertando al vecindario:

—¿Les gusta Los Machitos de Caballito? ¿Qué les parece? No, ya veo que no les gusta el nombre. Pero viene al pelo —agregó presumido—. Nadie se atrevió a opinar. Unas moscas jodonas seseaban a nuestro alrededor; el silencio que había en el lugar hizo que los zumbidos parecieran el maullido de gatos en noche de luna llena. Todos los ojos, que se habían achicado, enfocaron al Adel. El Turco exhibió una sonrisa digna de un afiche de pasta dental, y levantándose de su sitial (el escalón de mármol de la casa del flaco Héctor, hijo del botón), anunció con voz solemne que la proposición de Pajarito no era mala, pero que la suya se había aceptado por *unanidad*. Sonrisas de alivio. El gaita, que se las tomaba cabrero, regresó; Peluca miraba hacia otro lado; y Pajarito, contento. Esta vez no recibió coscorrónes en la zabeca.

Adel, orondo, se fue acompañado de algunos compinches avisándonos que esa tarde jugaríamos un partido de rompe y

raja contra el equipo de los fifis de Añasco y Gaona en el potrerito de la esquina. Entusiasmo no se vio, pero prometimos ir. El partido de fulbo ya no le importaba a nadie. El carnaval se venía y los fifis del nuevo edificio de Gaona y Añasco llegaron empilchaditos con los pantaloncitos, la camiseta y las medias de River, limpitos y planchados.

–El Ruso al arco, el Turco Jíder fulbá, Héctor y el gaita jases, Peluca y yo adelante –nos indicó el Adel.

Pajarito portaba el botellón con agua, que parecía un exótico ánfora, y sus ojos celestones brillaban como dos bolitas barnizadas.

El partido comenzó. Los pitucos se desplegaron como una formación prusiana. Nosotros, reos solitarios sin *estrenador*. Y antes de que saliéramos de babia, los fifis nos metieron el primer gol. Yo me tiré a la izquierda (¿premonición?) y el rubio con jopo de los fifis pateó a la derecha después de gambetear al Turco Jíder. La situación se complicaba y no prometía nada bueno. Al ratito nomás el mismo jopito se mareó al gaita Horacio y al Turco, y la pasó por debajo de mis patas: 2 a 0.

Adel se hizo un paseo por el área chica y lo mandó al gaita Horacio adelante. El rubio de los fifis, una vez más, se vino con la pelota hacia el arco, Adel le amagó con el cuerpo y se le tiró a los pies con todo. El jopo y la redonda volaron. Cuando el rubio aterrizó tenía tatuado en la canilla un cardenal estridente y violáceo. Ahí quedó, cuán largo, con el jopo desvanecido y las manitas blancuzcas agarrándose la pierna. Y allí terminó el partido, porque las piñas volaban y los fifis, revolcados en el lodazal –que parecía sonreírles con ironía–, decidieron la retirada no sin antes amenazarnos con la *vendetta*. La pelota de goma (las grandes, de cuarenta guitas) nos quedó como trofeo.

–¿Cómo? –chilló el Adel luego del evento– ¿Nos van a venir a cagar en nuestra cancha? ¿Somos locales, no?.

–Ché Turco, ellos nos hicieron dos goles sin foul, nosotros nos meamos en los lompas –intentó explicar Peluca. Pero Adel con lo suyo:

–En nuestra cancha no nos gana nadie –tronó. Y a otra cosa

Durante toda la semana nadie de la barra anduvo solo fuera de los límites de Figueroa. La amenaza nos dejó preocupados. Habíamos juntado, sobre el techo del boliche del librero de Paysandú algunos palos y piedras para las legendarias guerras de barrios. Pero la amenaza se desvaneció dada la cercanía del carnaval. Entonces comenzamos a preparar los disfraces.

Mi viejo, el sastre judío manos de oro, nos dijo que podíamos hacernos un disfraz con las bolsas de arpillera que se usaban para envasar las papas. Se ofreció para cortar una media luna para pasar la cabeza, y aberturas en ambos lados para las manos. Prometió regalarnos botones sobrantes de sobretodos y perramus para que los usásemos de adorno. Fuimos a la feria de Pujol y le manguemos a los paperos las bolsas vacías. La vieja del Adel las fregó y eso le costó al Turco hacer los mandados durante toda la semana. Empezamos a juntar las chirolas, para lo cuál sacrificamos los caramelos, las figuritas, las latitas Starosta, El Tony, y les hacíamos mandados a las señoras fifis de los derpas, con la inocultable bronca de la encargada que nos rajaba, vaya a saber por qué. Tal vez porque no tenía críos y el dolor y la envidia la ponían histérica. O quizás a causa del marido, un batata medio gilún.

Compramos matracas y pitos, nos probamos las túnicas de arpillera y hablamos con la Tana, la madre de Pajarito, convenciéndola de que lo dejara participar en la murga. Aceptó, y el Paja empezó a saltar sobre la pata sana.. Él pasaría la gorra y tiraría la manga.

Esa noche ensayamos los cantitos. Conseguimos un tambor para el chueco Armando, cada uno trajo un sombrero astroso, y Pajarito una boina de la madre color violeta rabioso.

Ensayamos un largo rato. A eso de las diez doña Mercedes y otras ilustres matronas de la cuadra nos vinieron

a prepear. Era una hermosa noche de luna llena y el grupo parecía una comparsa de brujas bailando un fandango. Adel les paró el carro. Entonces, la solterona de los Millán, hermana del Ñato gangoso, nos ofreció una despampanante cacerola de bronce para usarla con la murga a condición de que acabásemos el ensayo. Nos aplacamos, y el Adel, turco blando por dentro y rocoso por fuera, les obsequió su peor sonrisa y nos dio orden de dispersión. hasta las ocho de la mañana. Las mujeres empezaron a patalear y entonces cambió la hora del ensayo para las nueve frente a la casa de la Mercedes. La vieja tragó saliva pero nos dijo, con voz avinagrada: ¡Hasta las doce, ¡ni un minuto más!

El martes, víspera del carnaval, la gorda Luisa, vieja del Adel, nos hizo pasar de uno en fondo y nos pintarrajeó la cara con pintura de labios (que haría un siglo que no usaba). Algunos impacientes, ya disfrazados, iban yirando por el barrio: un satanás, una princesa rusa, un zorro, dos cow boys, una bailarina y un grandote boludo con ropa de jermu (Debe ser un puto, aseguró el chueco Armando). El curso de Villa Mitre nos iba a recibir en la *soirée*. Y al día siguiente la apoteosis: Flores.

Todo listo, el cuore brincando con una alegría cretina y nosotros alineados como giles en esa vereda poceada de baldosas partidas, llenas de hormigas negras que incansables transportaban el puchero para el próximo invierno.

Antes de ponernos en marcha, berreamos el nombre de la murga mientras el bombo que llevaba Armando violaba el encanto de la barriada, y la olla de bronce recibía los mandobles de un cucharón manejado por el gaita Horacio. Nos pusimos en marcha, listos para la gran aventura. ¡¡Por fin! Tomamos por Paysandú hacia Gaona. Unos metros antes de llegar a la avenida un vendaval de fifis se nos vino al humo agarrándonos de sorpresa: desarmados y castos.

Cobramos de lo lindo, nos confiscaron el bombo y la olla, rompieron sombreros, rasgaron arpilleras y nos calcinaron la

primera noche del carnaval 1940. Varios de nuestros duros, que también repartieron piñas a granel, plantaron algún lagrimón de mala muerte por el triste final de los Piratas de Caballito. Hasta que el Adel, vuelto de la sorpresa y con los labios amoratados, nos mandó hasta el techo de la librería del Gallego a buscar los elementos de combate. Esa noche declararíamos la guerra a los fifis. Después se serenó: Ya nos vamos a vengar, aseguró Adel.

Nos quedamos sin murga. Y la ilusión, entonces, quedó amarrada a la bronca y el desencanto mediante el rasposo piolín de la impotencia. Pero nos extasiamos imaginando el almíbar de la revancha. ¡Y qué linda que iba a ser nuestra *vendetta*, ¡mi madre!

Maltrechos, golpeados y sin ánimo, el carisma del Turco Adel salió a relucir en toda su dimensión heroica. Reunidos en el potrero de la esquina, lo contemplamos en silencio:

–Che pibes, esta noche la perdimos –dijo Adel con bronca–. Pero mañana tenemos el curso de Flores. ¡Mejor! El de Villa Mitre es un curso de morondanga. Vamos a conseguir lo que nos chacaron y si nos faltan disfraces nos ponemos cualquier ropa.

–Si no podemos ir todos con el mismo disfraz cambiemos el nombre de la murga ¿Qué dicen, che ñatos? –arriesgó Osvaldo el Peluca.

–Sí, se me vino la idea al marote –dijo Adel, siempre pescando al vuelo las ideas de los demás–. Y tengo el nombre, oigan bien: murga Los Rompedores de Fifis.

Se escuchaban pitos que aturdían, matracas bullangueras, voces y alaridos de pibes que corrían con sus disfraces. La barra no dijo ni mu. Yo pensé: Qué nombre más boludo, ¿pero quién se animaría a decírselo al Turco?

Al rato llegó el padre de Héctor con una palangana de chapa y una soga enganchada a las dos asas haciendo de correa, para colgarla de los hombros.

–Empiecen con esta palangana y consíganse ollas, o latas de querosén. –nos dijo.

Luego de la bronca y la amargura comenzaron a descolgarse algunas sonrisas. El nombre de la murga ya no preocupó a nadie. Los pibes se dispersaron y al rato llegaron con sus trofeos: Adel encontró una sartén gigante en la cocina de la casa; Horacio trajo una escupidera agujereada, que le costó la burla de toda la pibada.

Sólo al Turco Jíder y a Pajarito les quedó pasable el disfraz de arpillera. Adel nos propuso hacer un ensayo en vivo:

–Vamos a dar una vuelta por Gaona hasta las Diez Esquinas, y vos, Pajarito, usá la gorra de tu javie pa’ pedir la contribución. Donde vemos gente nos paramos, cantamos los versitos, todos hacemos baile indio ¡jiri jiri juru juru! – onomatopeyizó–, yo y Armando caminamos cabeza abajo y vos pasás con la gorra. Mañana vamos al corso de Flores y después del Carnaval, ¡leña a los fifis!

Al lado del Social y Deportivo Buenos Aires, en el bar Río de la Plata pegado al cine de igual nombre, con la vitrolera y sus atrayentes gambuzas en el palco, y frente al monumento del Cid Campeador, la muchachada nos aplaudió. Pajarito, con la cara arrugada de jovato y la pata renga manguaba con la boina violeta, y las chirolas caían que daba gusto. Antes de las diez de la noche terminamos nuestro debut como murgueros y regresamos al barrio. Pese a todo no estuvimos tan mal. Peluca y yo volvimos juntos, porque vivíamos en la misma casa de derpas *cajitas de música*. \*

Nos sentamos en el umbral, cansados y hediondos por el sudor. La luna se colaba de vez en cuando entre unas nubes escalofrantes y gatos hambrientos estaban en plena faena dentro de las latas de basura, maullando y disputándose la carroña. Medio apagado, Peluca me dijo de sopetón:

–Estuvimos bien, Ruso, pero nuestra murga es un estropajo. Mañana yo no voy al corso de Flores. La gente se

nos va a reír en la jeta y otros murgueros nos van a correr a pedradas. Hay que hablar con el Turco Adel.

–Pero esta murga es nuestra: tanto que nos rompimos el culo. No sé qué querés, Peluca.

–Somos unos rejuntados, no una murga. No jodamos, Ruso, para andar por Caballito o ir a Primera Junta puede ser. Pero al corso de Flores yo no voy.

Lo vimos venir por enfrente. Una sombra cansina, algo gordita, arrastrando los pies como si fueran pilotes de cemento. Era la figura inconfundible del Adel. Nos vio y cruzó. Lo recibimos sin abrir la boca. Se sentó entre los dos quitándose el antifaz. De pronto, Peluca le largó el rollo. Le dijo que nuestra murga era un rejuntado, que dábamos lástima, que no siguiéramos.

–Lo venía pensando al venir pa`ca. ¡Mejor le hacemos la guerra a los fifis y nos dejamos de joder con la murga. El año que viene la preparamos mejor –pontificó el Adel esbozando su risa siniestra y bonachona.

–¿Lo resolvemos por *unaninidad*, Adel? –le dije con sorna. Los tres nos largamos a reír yéndonos a nuestras casas. En algunas terrazas del barrio se oían carcajadas con gargajos, el estruendo de pitos y matracas rebotando contra los ajados pliegues de la luna y se escuchaba música de tango y rumbas desde una vitrola. Las nubes, que amenazaban borrasca, ocultaron la luna y yo pensé: Capaz que mañana llueve y chau carnaval. ¡¡Qué tarro!

La mañana se presentó gris y húmeda. Sin demasiado bochinche nos encaminamos por Figueroa hacia Añasco con antifaces y máscaras, llevando un inocente balde y unas latas. A Pajarito no lo dejamos participar. Íbamos a jugar una cándida guerra acuática, típica de aquellos años. Las pibitas, por las dudas, se escondían al vernos marchar como un pelotón sanguinario dispuesto a librar un combate de exterminio.

Llegamos y ahí estaban los fifis, ingenuos gilastrones sentados en rueda y riéndose a carcajadas. Cuando se avivaron fue muy tarde: el líquido de los recipientes cobró color y olor al desparramarse sobre las cabezas de los fifis – una media docena–, tomándonos el raje apresuradamente.

Alcanzamos a oír los aullidos, las puteadas y los lloriqueos. La guerra había comenzado con un colage impresionista. ¡La que vendría luego! Pero esa será otra historia •

\* Título de un relato de Andrés Aldao, publicado en su libro **Cuentos Desde Lejos** (*Ediciones del Exilio*, enero de 1999)

Buenos Aires, Caballito II

## Lucía baila el tango

**En las penumbras** de esas mañanas sofocantes, cuando el aire quieto parecía lava que le acariciara la piel irisada, Lucía estremecía el embaldosado patizambo de las aceras.

Al irse a yugar a la fábrica de medias de la calle Gaona, sus taquitos resonaban en las penúltimas sombras de Figueroa, o sobre la mueca sarcástica de Paramaribo, mientras un tardío bostezo matutino le plisaba la hermosura de las pálidas mejillas aún abotargadas por el sueño insatisfecho.

El viejo era un gallego laburante de habitual cara ceñuda y cejas tupidas, siempre quejándose de algo pero de corazón propenso al arrugue. Sobre todo desde que Leonor, la mujer, murió de un ataque de asma y quedó viudo con dos hijos a cargo.

Su prematura viudez y la derrota de los *leales* en la guerra civil española le agriaron el carácter. Colgado sobre la pared tenía un inmenso retrato de Juan Negrín, y en la mesa de luz una foto enmarcada de Dolores Ibarruri, *La Pasionaria*.

Lucía era la hermana mayor de Horacio, integrante de la barra de Figueroa. Andaba por los catorce o quince. Espigada, con cara de virgen de estampita, pálida, ojos redondos y grandes —a veces con una expresión algo tristoná—, llevaba el cabello renegrido dividido en dos tupidas trenzas.

Fabriquera prometedora, se deslizaba como un cisne opalino en un lago de aguas burbujeantes siempre tarareando algún tango chanfleado por la gracia de su voz adolescente.

Se ganaba el mango por la suya, hacía la limpieza de la modesta casita en que vivían el padre, Horacio y ella. Gustaba

contemplarse en el espejo, examinar las suaves tramas de su rostro y vivir el despertar tempestuoso de la edad.

Miradas codiciosas habían comenzado a junarla. La galleguita estaba aprendiendo a contonearse, a llamar la atención, a estimular la fantasía de los mirones del barrio. La barra chaplinesca de Figueroa dejaba transcurrir su tiempo en juegos piromaníacos, el picado de vereda a vereda con la pelota de veinte guitas, el previsible vigi ladrón, la narración de cuentos verdolagas, o el balero con las refulgentes tachuelas acorazando la embocadura. Pero también imaginaba. Imaginaba los encantos previsibles de la Lucía con concupiscencia de masturbadores precoces y fervorosos.

La vieron crecer desde que eran gurruminos. Era una adolescente bien formada, de ademanes delicados al margen de las rabetas que prestigiaban el clima familiar. De todas maneras, Lucía fue el ensueño procaz e imposible, la novia inalcanzable, la minita de abolengo que rompía el cuore de los pequeños quias en la temprana era de la infancia. Pero la inocencia decrece, sibilivamente. Con prisa y sin pausa.

Mientras cuchicheaban pavadas, la veían pasar atractiva e indolente refregándoles su esbeltez de Afrodita sin darles ni la hora. Y el gallego Horacio, humillado por esa sugerente contemplación, se transformaba en un hierro al rojo vivo. El rostro se le congestionaba y gotas hediondas de sudor le bajaban por la frente, mientras los amenazaba con los puños apretados vociferando: ¡¡Degenerados, si llegan a decir algo de mi hermana los fajo a todos! No decían –no cuando el gallego gilún estaba presente–, pero fantaseaban. ¡¡Cuánto que fantaseabn!

En Paysandú casi esquina Luis Viale había en esos años una casona con un patio enorme cubierto por una higuera escalofriante y hiedras trepadoras. Allí, precisamente, funcionaba el Social y Deportivo Caballito Norte. De deportivo tenía el nombre; y como social, en realidad era la guarida de los jovatos jubilados del barrio. Los naipes de esquinas

desbastadas entre aquellos garfios proletarios se batían en duelos estentóreos de truco, escoba de quince y mus.

Tan enorme, sombreado y larguirucho era ese patio que a los pibes les daba pavora llegar hasta el fondo tupido, misterioso e imprevisible. Era como la jungla en la que Tarzán de los Monos se paseaba junto a Jane entre arbustos gigantescos, saltando de liana en liana mientras Chita y Tantor les resguardaban el lomo. Era un temor que habían cultivado los viejos con el antológico hombre de la bolsa, Lucifer y su infierno tenebroso y el desopilante cuco que puso en vereda a varias generaciones de infantes indomables. Freud y Piaget no se habían popularizado aún, la APA<sup>1</sup> estaba en pelotas y la computación y la pedagogía eran fantasías siniestras del Astrólogo de Los Siete Locos arltianos. Y aunque estaban convencidos de que en ese fondo no había fieras con colmillos chorreando baba sanguinolenta, ni plantas devoradoras, ni hormigas termes, ni elfos perversos, preferían no arriesgarse...

Los domingos el Social y Deportivo abría sus puertas cachuzas a la milonga, y el patio era la pista de baile con la música de jazz y tango que azotaba al vecindario. Esas noches las pibas más jóvenes venían con las viejas, los imberbes llegaban en barritas peinados al Brancato o brillantina –que le daba al pelo ese lustre pringoso, como de aceite para la Singer–, y las parejas veteranas bailaban arrulladas al compás de tangos y milongas en discos de pasta de Fresedo, Canaro y Lomuto, y los renovadores Troilo y Pugliese.

Una tarde, Lucía se animó a pedirle al padre permiso para ir la noche del domingo a la milonga barrial. El gaita la miró preocupado.

–Un lugar así no es para ti, Lucía. Los muchachos son todos unos canallitas.

–¿Entonces tengo que vivir encerrada, sin salir, mirando las cuatro paredes?

–Pero qué es lo que dices, inconciente. A esos lugares van los canallitas que te ponen el vicio entre las piernas. ¡¡Qué te parece, Lucía! ¡¡Yo los conozco al dedillo! De ninguna manera.

–Pero papá, las chicas del barrio van acompañadas de las madres. Yo puedo ir con Rita. Es para pasar el rato: yo trabajo toda la semana, ¿no puedo salir a divertirme una noche?

–Vé al cine los domingos por la tarde, pasea con tus amigas o escucha radio, lee las revistas que te compras. A esos antros viciosos tú no debes ir. ¡¡Olvídate, Lucía! Es por tu bien, hija, hazme caso, ¡¡escápate de los viciosos de la noche!

Qué ganas de llorar, en esta tarde gris, canturreaba Lucía la tarde del domingo mientras sacudía las colchas de las camas, barría el patio con la escoba media pelada y le pasaba cera a los pisos de madera. Entró en la cocinita, calentó la pava y le cebó al padre unos mates con espuma de primera. Terca. Muy terca y compradora la pibita.

El padre, que no era ningún otario, se sonrió disimuladamente tras los bigotes de prócer de fin de siglo. Finalmente le dijo, en un murmullo ininteligible:

–¿En serio que Rita va con la madre?

El bagre picó la carnada, pensó Lucía; y de raje, sin perder tiempo, calentó la olla con agua, llevó la palangana al bañito y comenzó a lavarse.

Acariciaba con suavidad las intimidades de su cuerpo; y un creciente ardor la inundaba de placer mientras los dedos retozaban sobre sus senos. Pensó en Agustín, el hermano de su amiga Estela, que la miraba con insistencia cada vez que iba a comprar al mercadito de los tanos. Y ella a él. El ardor, alentado con destreza, alcanzó entonces el punto de ebullición. Suspiros y jadeos acompañaron la sensación arrebatadora de placer.

Secó su cuerpo, se puso la ropa interior y envuelta en el toallón se encaminó a la pieza. Se vistió detrás del biombo cuyas rajaduras el padre tapó con papel engomado. Con

fingida ingenuidad el hermano lo corrió. Lucía le estrelló en la testa un mamporro espectacular. Horacio se retobó aunque optó por retirarse.

Esa noche Lucía iba a estrenar los zapatos con taco *trotter*, medias de seda con ligas, una blusa de escote en V que cerraba debajo del pliegue de los senos, la pollera tableada y el collar fantasía que compró con parte del sueldo. A la blusa le dio un tirón de la parte trasera para ocultarle al padre el llamativo escote. El lado posterior del cuello quedó levantado. Ya lo acomodaría más tarde. Le faltaba pasar una prueba decisiva: darse el toque de colorete, delinear las cejas y pintar sus labios. Decidió suprimir el experimento. Podía pintarse en la casa de Rita, o incluso en el club. Lo importante, pensó, era eludir la censura.

La boca de la muchacha era pequeña, sus labios resaltaban como fresas silvestres, tenía la nariz tenuemente repingada, y los ojos negros destacaban su efigie de madona.. Cuando sus *trotter* cruzaron el portón del Social y Deportivo taconeando insolentes, causó sensación. La pibada se alborotó contemplando a esa muñeca *de endeveras*.

La madre de Rita se sentó al lado de otras respetables matronas del barrio, mientras las nenas, de pie en el borde de la pista, esperaban el cabezazo de los quías de sonrisa babosa.

Él le hizo una seña tan tenue, que Lucía ignoró permaneciendo erguida como un palo de escoba. Entonces Agustín, carraspeándose el rubor cetrino que le arañaba las mejillas, bajó la pera con fuerza. Como un martillazo feroz machacando la cabeza de una tachuela.

La parejita bailaba con elegancia de veteranos, en tanto las piernas se enrollaban en las figuras del doble ocho y la corrida enhebradas con el ritmo de Fresedo en Cuartito Azul.

El *vicio* del pibe, tal como lo supuso el padre, se acomodó en la entropierna de la chica, disimulado entre el tableado ordenadito de la pollera negra. Las dos mejillas adheridas como ventosas, la mano derecha del pibe aferraba la cintura

de Lucía, y la izquierda prendida a la de ella. La nuez de adán del muchacho bajaba y trepaba con cadencia de milonga, la lengua humedecía sus labios agrietados y la voz, atascada, no emitía señales. De la piel de Lucía emanaba tibieza, fresca, un agradable aroma a colonia Atkinson's. Su mirada dulce tenía aturdido al muchacho, incapaz de abrir la boca o tomar alguna decisión. El diálogo fue tan tupido que no les salió ni un mísero adverbio o un adjetivo solitario.

—¿Vos sos mudo o estás enfermo? —dijo la muchacha con cándido sarcasmo. Agustín se sonrió y le ofreció un chicle Adam's. El fresco de la noche se escurría por la calidez del ambiente, la mezclanza de perfumes baratos y el ácido sudor axilar.

Las madres de las muchachas se encontraron de pronto haciendo un corrillo fenomenal, chismoseando sobre los maridos con risas quisquillosas, ponderando las cualidades de sus nenas y bostezando como descosidas que están por desarmarse de sueño.

Rita había cazado a un pibe más flaco que un vermiceli, con unas ondas de cuarteador, forastero total en Caballito. Resultó ser un pariente de los Millán que había venido de Junín a pasar las vacaciones en la urbe porteña.

Cerca de medianoche las caras parecían mascarones estriados por delicadas arrugas. Atrapados por el embrujo de la milonga, transpirados y ojerosos, el entusiasmo de los bailarines no cedía. A las doce en punto el animador anunció que la milonga había terminado. Las luces comenzaron a parpadear y los concurrentes, felices y algo maltrechos, iniciaron la retirada.

Lucía y Rita se despidieron de los imberbes con promesas de un pronto reencuentro. Lucía se quitó los afeites, enjuagó su cara en la casa de Rita, y la madre la acompañó. Como un centinela de consigna, el padre abrió la puerta y se acercó. Al verla acompañada por la mujer se tranquilizó.

Se tumbó sobre el catre que estaba detrás del biombo. No podía dormirse. En esas pocas horas Lucía se sintió como la

Cenicienta del cuento de Perrault. Este pibe me flechó. Es la primera vez que me pasa –pensó–. Y qué buena pareja que hacemos, ¿no? Es un tímido; aunque después se desató bastante. ¿Será amor esto? La verdad que es un buen pibe, serio, pero pensándolo bien es bastante mano larga. Bah, como todos: se mueren por toquetear pero me gusta. No puedo dormirme, ¡¡qué bronca! Y mañana lunes, otra vez al yugo. ¡Dios mío! ¿Y el viejo? ¡¡Vaya a saber cuándo le saco otro permiso! Liada, con las manos apretadas entre los muslos, fantaseó que paseaba por el parque Centenario, Agustín la llevaba del hombro y luego le rodeaba la cintura. Después la besaba con delicadeza rozando con los dedos sus mejillas y el cuello. Ella permanecía tendida y abrazada al muchacho. Una tibieza en aumento fue invadiéndola. Luego la estremeció un sopor agradable. Sus dedos recorrían la vaina humedecida, y mientras penetraba en un placentero éxtasis el continuo manipuleo la llevó a una culminación arrebatadora de gozo y fantasía. Lucía, ya satisfecha, siguió elucubrando escenas amorosas con el Tanito sin pensar en el trabajo, las corridas, los mandados, la limpieza, la cocina, el aburrimiento y la estrechez de la vida proletaria. Finalmente, se durmió con una sonrisa de madona feliz.

Un aldabazo solitario astilló el silencio de la tarde del lunes. El padre fue a ver quién era. Un imberbe con legañas verde oliva le preguntó por Lucía.

–Para qué la buscas tú. Mira que me resultas cara conocida, chaval.

–Soy Agustín, el hijo de Morezzano, el carnicero de Paysandú. Lucía hace las compras en el mercadito de mi viejo.

–Mira qué bien. Bueno, pero todavía no me has dicho para qué la quieres a Lucía.

–Sí, este, mire, ayer nos encontramos de casualidad en la milonga y yo bailé con ella.

–Pues me alegro, hombre, ¿y qué hay con eso? Hoy es otro día, ¿sabes?

–Mire, yo quería pedirle su venia e invitarla a dar una vuelta.

–¿Y quién te dijo a tí que a ella le interesa dar una vuelta contigo, muchacho? Además, sabes una cosa, Lucía está, ¿cómo es que dicen ustedes? pues está apoliyando la siesta. Si tienes ánimo vuelve en otro momento. Pero siempre estando yo, ¿me has comprendido? Y voy a decirte algo más: hoy cocino puchero de gallina, sabes, con garbanzos, habas, repollo y otros menjunjes. Una delicia, así que pierdes tu tiempo. Y dime, muchacho, ¿cómo te llamas?

–Agustín, ya se lo dije, don Juan.

–Epa, ¿de dónde conoces mi nombre?

–Y, en el barrio se sabe todo, y en el mercadito mucho más, señor.

–Mira, me estás resultando medio simpático a pesar de que tus padres son tanos, ¿no? Y seguramente partidarios de los fascistas que anduvieron metiendo sus asquerosas narices en España. Yo soy de los leales, ¿sabes? Bueno, bueno, ahora vete a tu casa antes de que te eche. ¡Anda, chaval.

El cielo se encapotó. Un viento malicioso anunció tormenta y en un tris se descargó un aguacero. Enero porteño, aguafiestas como siempre. Esa tarde los gandules de Figueroa le dieron asueto obligado a los juegos. A las cinco en punto, la iglesia de los Buenos Aires aturdió con unas campanadas que sacudieron a los dormilones. Los ojos tapiados de Lucía lograron entreabrirse, lo suficiente para que la exhausta milonguita comprendiese que la siesta se había acabado, y que ese tamborileo sobre el techo de chapa no era el preámbulo de un malambo sino la lluvia maleducada que venía a malograr paseitos al aire libre.

Se estiró con placer. Desenfundó desde las cobijas una de sus esbeltas piernas revoleándola en un juego monótono, hasta que decidió plantarse vertical y salir a disfrutar de la ducha natural. Apareció en la cocina con un bostezo que exhibió sus rojas amígdalas. El gaita la reprendió mientras probaba el caldo del puchero. Apoyó la pava en la hornallita.

El padre apantallaba los carbones acarminados y Lucía preparaba el mate bien dulzón.

–Dime, Lucía, ¿tú conoces a un tal Agustín? –disparó alevoso. La bella despierta se ruborizó quedándose callada. Parada en la puerta de la cocina, comentó:

–Paró la lluvia, papá. ¿Qué estás cocinando en esa olla? Humm, huele bien.

El gaita infló la nariz, y volvió a la carga de Vargas:

–¡Coño! Te he hecho una pregunta, contéstame pues.

–Pero es el pibe del mercadito, papá, también vos lo conocés. ¡Qué pasa con él!

El padre le habló de la visita inesperada mientras sus cejas parecían más tupidas y negras que de costumbre. Lucía se cebó el primer verde de la tarde, y mientras iba sorbiéndolo distraída el bocho multiplicaba sus revoluciones. Decidió ir al frente. Le contó al padre una historia aséptica de lo ocurrido en el baile. Horacio la miraba y le guiñaba el ojo en gesto de complicidad.

Se mandaron el puchero y bajaron una botella de Arizu, mientras la radio transmitía un programa con Angelillo, el cantaor, y Pepe Arias y sus monólogos.

Apenas terminaron de comer la aldaba volvió a sonar, esta vez con decisión, como entrando en confianza. Horacio abrió la puerta: era Agustín, quien plantado como un mástil y la nuez de adán paseándose por el garguero, le preguntó dónde estaba Lucía.

Se quedaron hablando en la puerta, ella parada sobre el escaloncito y él en la vereda. El gaita, en un gesto republicano, se dirigió a ambos y con voz algo seca les dijo:

–Si quieren hablar pues vayan a la cocina, o aquí en el patio, que ahora se acabó la lluvia.

Un rato después Lucía le preguntó al padre si podían dar una vuelta hasta la plaza Irlanda. El viejo respiró hondo, y cuando pensaron que los iba a fulminar, les dijo sin finura:

–Vayan. ¡Pero sin hacer porquerías por ahí! ¿Me han entendido?

Se fueron caminando tomados de la mano. El tanito desgarrado y la galleguita espigada se evanescieron entre las sombras crepusculares que tiznaban el entorno de la plaza Irlanda. Las dos siluetas, mientras tanto, enhebraban ese amor adolescente que juraban eterno.

La barrita los veía pasar, y, desde entonces, la bronca los angulaba entre los celos y la envidia. Lucía, la galleguita Lucía, la quimera imposible los había traicionado. Algunos filosofaban: Nacimos un poco tarde. ¿No nos podías esperar, galleguita? Después hubieses elegido al mejor, pero por lo menos a uno de la barra. Andá, andá a joder con extraños. Luego te vas a arrepentir. ¿Sabés cuánto que te queremos, eh, Lucía? ¿Sabés?

A la larga, los pibes se las tomaban del barrio. En aquellos años los laburantes eran como gitanos y la familia una pequeña tribu nómada. Los viejos tomaban decisiones. ¿Y qué? ¿Le iban a preguntar a sus párvulos? En esa infancia pobretona los proles no tenían vivienda propia, y los hijos no tenían ni voz ni voto.

Algunas de las familias, emigradas desde Boedo, Almagro o Floresta, anclaron algún tiempo en Caballito y luego siguieron camino con el camión de mudanzas rumbo a calles y barrios nuevos que la pibada no podría amar. Caballito se les había metido en el caracú. Lucía y la barra se extraviaron entre recuerdos difusos que cada uno cargaba en la maleta de su vida. Pero nunca ya podrían borrarlos.

Años después, alguien de la antigua barra fue a cenar una noche al Rancho Grande, un restorán de Caballito situado en las diez esquinas, frente al Cid Campeador. Entonces la vio, regordeta, con varios hijos y el marido –un jetón desconocido–, ocupando una mesa. Reconoció su cara pálida y hermosa como virgen de estampita, y recordó a otra Lucía, la galleguita adolescente e inolvidable. Prefirió irse al mazo y rescatarla sin rasguños; recobrar en silencio ese cacho de su niñez •

1) APA: siglas de la Asociación Psicoanalítica Argentina

## Virolita

**Supongo que** es algo que le ocurre a la gente. Hay caras y gestos de personas que conocimos en alguna etapa de nuestra vida cuya imagen persiste. Como un barbijo que permanece, anónimo e inolvidable, en algún recodo invisible de nuestro cuerpo.

A Néstor Linares, *Virolita*, lo conocí en cuarto grado en la escuela de Canalejas. Tenía una jeta muy única; pibe esmirriado, cabello largo y lacio peinado hacia atrás, algo cargado de espaldas, que siempre caminaba como huyendo de algo. Tal vez de su sombra. Lo recuerdo con el guardapolvo sin tablas, la cara alauchada de nariz mínima, casi inexistente, y los lentes desproporcionados, gruesos; como dos faros de camión Ford en un autito de juguete.

A decir verdad, ignoro por qué se me ocurrió que los lentes de Virolita eran una exageración. Tal vez porque los ojos, escudados detrás de esos pantalones de vidrio, parecían dos pelotitas. Generalmente taciturno, hubiese pasado desapercibido a no ser por esos desgraciados lentes que le dieron el mote: Virolita. Infamante, grotesco. Un apodo que lo humillaba. O una tara que lo distinguía del género humano

A veces lo veía pasar por las calles de Caballito, algo encorvado y adherido a las paredes, un libro de rezos ajado y viscoso debajo de la axila y las manos metidas en los bolsillos de un pantalón incoloro y algo deshilachado. Siempre cargando esos tremendos lentes que ocultaban su doblete: miope y bizco.

Andaba como una laucha perseguida por algún gato implacable y fascineroso. Y no sé por qué rara asociación

consideraba a Néstor Linares una especie de Charles Lauhgton porteño interpretando a un Quasimodo corto de vista, cuyo teatro de operaciones era la iglesia de Nuestra Señora de los Buenos Aires en lugar de la catedral de Notre Dame y las callecitas de Caballito ,entonces adoquinadas, y no las de París. Más tétrico que el original, fantaseaba, aunque merecedor de un cálido afecto de pietista.

Pasaron muchos años y Virolita, igual que todo el resto de la pibada, quedó clavado en mi memoria como un retrato desprolijo y desastrado que duerme deshauciado en un paquete de antiguas fotos.

Una tarde cualquiera, tres décadas después, iba yo caminando por Corrientes hacia *El Foro* cuando de la boca de la estación Uruguay del subte B me lleva por delante un tipo fruncido, de vista corta y unos lentes descomunales. Me pide disculpas y yo lo contemplo: Este tipo, pensé, parece Polifemo me cache en dié... y me resulta conocido. Se trataba de Virolita, por supuesto: cuarto grado tarde, año 1940, maestro Repetto, escuela de Canalejas, Caballito.

–¡Virolita! – pego el grito con certeza inequívoca.

–¿Quién es usted? –me pregunta con voz de salame y ojitos de perdiz.

Le digo. Nos damos la mano. El mismo Néstor Linares de aquellos días. La misma cara alauchada, un traje gris de gabardina y los temibles anteojos en cuyos fondos se avizoran líneas paralelas y entre ellas dos ínsabiles círculos parecidos al ojo humano.

–Vamos a tomar un café, Virola, invito yo –le digo luego de recordarle mi nombre.

–No me llámés así –me dice en un susurro—. Queda feo, Ruso.

–Tenés razón, Néstor. Ya no estamos en la escuela.

Le cuento de mi vida. Y de pronto le pregunto, sin darle respiro:

–¿Y vos a qué te dedicás?

Me mira un rato. Se sonríe dejando ver algunos dientes escarpados.

–¿Sos de confianza, Ruso?

–¿Que te pasa Viro... Néstor? Te dije que ando en política. La yuta y yo no hacemos buenas migas. Soy zurdo, te lo expliqué. Ahora contame en qué and s.

–Ando en el bife, Ruso.

–Ah, sos carnicero. Entonces and s pelechado. Pero no tenés pinta de carniza.

–No, no soy carniza, soy chorro, viejo, me dedico al choreo.

–No me jodas. ¿Con esta pinta de santurr n y esos lentes de chicato? No me cargu s, no te veo con bufoso atracando gente que sale de los bancos. No me hag s reír.

Las frases le salían a borbotones. Una historia increíble mezcla de surrealismo, lógica y paciencia de hormiga laboriosa. Compulsión y técnica. Pensaba en el comisario Cipriano Lombilla, en Meneses o en Villar (torturadores de la federal) y no podía imaginar al laucha Virola librar con vida de una apretada en Moreno 1550 o en Robos y Hurtos de la bonaerense.

Fracas  en todo –me cuenta–. Abandon  en quinto, fui a aprender radio y televisión pero tenía que estudiar mucha matemática, fórmulas. La vista no me daba para esas soldaduras tan prolijas, ¡arm  cada quilombo confundiendo los cablecitos! Un desastre, Ruso. Tampoco hice la colimba: en cuanto me vieron me bocharon. Ni la revisaci n médica quisieron hacerme. ¡Comprate un bastón blanco y andá a laburar de ciego, pibe! me aconsejaron. Me qued  mirándolo. Ped  otra vuelta de café y un par de ginebritas. En esos años conocí a Barbanegra –continuó–, un colo de primera, corazón de oro y jeta de póker. Un día me dijo: ¿Querés laburar conmigo, Chicato? Pienso que tenés condiciones para ser mi ayudante. Trabajás en serio, tenés mucho bocho, paciencia, dedos, sabés pasar desapercibido, aunque la vista es lo único

que te falta. Pero todo el resto te sobra. Hace tiempo que te vengo junando, Chicato. Me da bronca tener este noble oficio artesanal sin poder pasárselo a alguien que valga la pena. Te doy la oportunidad, ¿querés o no, che? Sabía que Barbanegra andaba en negocios raros, tenía billetes de los grandes. Así fue como entré en el negocio de los bifés.

Tenía un par de horas libres y le propuse ir a comer a Pipo. Mientras manducábamos los fideos tuco–pesto del lugar y bajábamos los vasos borravino de la casa, Virolita me contaba los secretos del bife, que en realidad era sólo uno de los pasos de toda una operación sofisticada. Un increíble capítulo de Las Mil y Una Noches Rioplatenses. El teatro de operaciones de la dupla Barbanegra–Virolita era la zona de Lomas de Zamora. Operaban dos veces por mes y el trabajo de preparación les llevaba quince días. Una vez que elegían el chalé o la mansión, comenzaban la tarea de fichar las costumbres de los moradores, verificaban si salían los viernes o sábados, cuántas horas estaban fuera de la casa, la actividad de los vecinos, el movimiento en horas de la noche.

–Si nos gusta la casa, durante el primer fin de semana probamos la cerradura con las llaves maestras y las ganzúas. Durante la segunda semana seguimos vigilando el movimiento del vecindario, vemos si pasa la yuta muy seguido. A Barbanegra le gusta tener todo seguro. Una sola vez cayó en cana y zafó pronto. Pagó rescate a la de Wilde y libró –sonrió con una mueca de laucha inofensiva.

–Bueno, contáme qué pasa la noche del fato –le dije medio impaciente.

–Y, mirá, la noche que decidimos chorear, como la llave ya la tenemos pronta entramos y empezamos a apilar las cosas. Nosotros buscamos alhajas y guita en billetes, si hay dólares, mejor, adornos de valor que no hagan mucho bulto, los cuadros los cortamos del marco. Así podemos rajar con toda facilidad y rápido.

–Pero vos me hablaste del bife. ¿De qué se trata, viejo?

–Sí, tenés razón. Resulta que en casi todas estas casas tienen perros, perros jodidos, policía, lobo, ovejero alemán. Preparamos un bife de nalga, lo mechamos con ajo, perejil y un par de tabletas de valium. Primero de todo le tiramos el bife al perro. A la media hora apolían como bebés y nosotros trabajamos tranquilos y seguros. A veces roncan y me ponen nervioso, pero a Barbanegra ni mu.

–¿Nunca caíste en cana, Néstor? –le pregunto.

–Tuve mucha suerte. Y no me puedo quejar: hice guita, compré un derpa por Constitución, estoy casado –mi mujer es chicata y bizca como yo–, no tenemos hijos. No queremos traer desgraciados al mundo, chicos que tengan problemas de la vista, ¿sabés?

Todo esto me lo explica con seriedad. Y en una fugaz reflexión pienso: Virola, si te hubiesen conocido Chandler, o Buñuel. Lo miro y me cago de risa. Es para no creer.

Nos despedimos. Virolita me dio su teléfono y quedamos en vernos en otra oportunidad. No hubo.

Estuve encanutado un año y en el 75 tuve que exiliarme. Cuando volví a la Argentina, en el 85, encontré en casa de un viejo amigo algunos papeles que le dí para guardar. En uno de ellos había anotado un teléfono: Virolita, 391–6263.

Me acordé de Néstor y los bifos, e hice algo inusitado: marqué. Me atendió una voz de mujer; yo pregunté por Néstor Linares:

–¿Quién es usted?

–Soy un viejo amigo de Néstor –le dije–, desde la época de la primaria. Estuve fuera del país muchos años y quería reencontrarme con antiguos compañeros. Por eso llamo, señora. –Se hizo un silencio medio turbio.

–Néstor está en el negocio. Trabaja muchas horas. –agregó la mujer.

–¿Y de qué trabaja, señora? –pregunté medio confundido.

–Tiene una carnicería en Lomas de Zamora. Desde hace años, señor.

–No me diga. ¿Y desde cuando tiene la carnicería?

–Se la dejó el tío cuando murió. Y, mire, la trabaja desde el 65 –me explicó.

Soy un cándido idiota. O quizás más idiota que cándido. De todos modos, no me satisfizo la explicación que elucubré: que se trataba de un fabulador acomplejado por el problema de la vista, que necesitaba autocompensarse urdiendo una vida aventurera, pletórica de emociones peligrosas. Resentido y exasperado –supuse–, Virola habrá pensado que lo arrojaron al arrabal miserable en el que vegetan los discapacitados, los tullidos, los fracasados, la resaca humana. Decidí borrarlo de la memoria. Para siempre.

Algunos recuerdos son como paredes que no se repintan ni restauran. Comienzan por agrietarse, luego se descascaran y finalmente uno pasa de largo ante ellas, distraído, ausente. El asunto Virolita quedó archivado en la caja fuerte del olvido. A veces lo mencionaba en esos cuentos que se inventan para los nietos. O boludeces narradas para levantar el ánimo en reuniones de amigos que naufragan de aburridas,.

En 1994 estuve de visita en Buenos Aires. Una vez más, la consabida masoqueada por la urbe revolviendo pretéritas nostalgias que uno arrastra igual que antiguas penas. O sobrelleva como una maldita hernia inguinal, abominable e hiperinflada.

Me acuerdo que esa mañana me senté en el bar de La Rioja e Independencia con el Clarín abierto. Fue entonces que leí:

La Delegación Lomas de Zamora de la Policía Bonaerense detuvo a una banda de ladrones que operaba en la zona atracando viviendas de los barrios residenciales. La banda era dirigida por un veterano delincuente con abultados antecedentes de robo a la propiedad, Néstor Linares (a La

Cieguita, o Bella Vista), argentino de 64 años, casado, propietario de una antigua carnicería de Lomas de Zamora.. Indudablemente, soy cándido e idiota. ¿O no? •

Buenos Aires, Caballito IV

## Aserrín Aserrán

*(Toda semejanza con hechos ocurridos es puntualmente cierta)*

*A los hermanos Shifres.  
A la Carpintería de Arengreen.*

**Fue una mañana** en que andando solitario y ausente por calles ausentes y solitarias la imagen de aquel lugar se incrustó en mi retina negándose al mutis que le pedía. No quería recordar. Ni volver. Sabía que esa primera puntada iba a hilvanarme un paseo reminiscente hacia sueños irre recuperables. Pero con las trampas de la memoria no se sabe lidiar. O no se quiere. O no se puede.

El recuerdo, entonces, se me hizo aserrín. Y si les gusta más, viruta. Era como llevar una cicatriz agradable soterrada en la memoria y de vez en cuando extraerla del olvido, acariciarla con ternura, solazarse con aquellos recuerdos arrumbados que duermen en las alforjas alucinadas de la adolescencia.

Mi amigo Eme Ese me decía siempre que la Carpintería (así, con mayúscula) se nos iba a convertir en una institución, una especie de cobija hospitalaria; en el foro sabihondo que iría a descubrirnos los misterios de la vida, los secretos de la muerte.

Y así fue nomás. A Eme Ese se le murió el viejo. 19 de julio, 1943. Entonces comenzó la metamorfosis. Y el antiguo galpón se convirtió en nuestro segundo hogar, la cofradía, el albergue. Esas paredes exhaustas salpicadas de aquel aserrín amarillo terroso –como pecas diminutas durmiendo la perpetuidad de su destino– fueron testigos de hazañas pueriles o debates pedantes, mientras nuestras anatomías se iban desgarrando como alambres torcidos que no se pueden enderezar.

Fue cuando todos los cófrades prolevagos tertuliábamos los sábados por la noche mateando sin fin pavas y pavas de agua a punto, flirteando altaneros con los primeros fasos, dándole chupones clandestinos a esas botellas de ginebra pasadas de contrabando (y de mano en mano) y vaciadas sin falta hasta la madrugada. Hubo noches sabáticas de monte criollo o póker, que más de una vez birlaron el sueldo semanal que nos daban los viejos.

La carpintería, rebosante de aserrín y viruta, se convirtió en nuestro Olimpo siglo XX. Y nosotros fuimos los diminutos Júpiter, Neptuno, Morfeo, Eros o Minerva *made in delirium*. Allí protagonizamos las primeras polémicas que llevaríamos hasta el desvarío, sobre la vida y la muerte, la eternidad, la religión y el agnosticismo y la percepción de un dios cruel e inescrupuloso porque nos enfrentamos de sopetón con la antítesis de la vida. Y al dejar por las noches nuestro hogar de tablonos y aserrín continuábamos las charlas interminables bajo el farol callejero haciendo las madrugadas o festoneando los planes milagrosos elucubrados con la varita mágica de los quince. Fue en el 43, nuestro año púber.

Libros iban y venían, Leoplanes<sup>1</sup> ajados nos hacían de maestros literarios. El refugio se transformó algunas noches en el miniprostíbulo de la barra y otras en el comité espiritual de nuestras primeras armas en la acción política: ¡Arriba los pobres del mundo // De pie los esclavos sin pan // Y cantemos todos unidos // Viva la Internacional!!

La guerra maldita, en tanto, iba mostrando su rostro harapiento y sanguinario hiriendo nuestra inmaculada candidez. Llegamos al 45. Mi primera gayola fule en Tacuarí 770 <sup>2</sup>. El fin del horror. ¿El fin? No, si la historia no se detuvo. Alejados del espanto de la guerra y ajenos al hedor de los compromisos territoriales de trastienda, ingenuos, estábamos inmersos en la restallante alegría de vivir, disfrutar la inmediatez, embriagarnos con la onírica maqueta de un porvenir sin muertos ni chatarra de guerra, sin inválidos ni

huérfanos, 17 de Octubre. Braden o Perón. Churchill o Stalin. ¡Stalingrado, Berlín, Hiroshima y Nagasaki, liberación, horror.

Sobrevivimos y maduramos. Nuevos escritores aserraron nuestro asombro, mientras guardábamos en la memoria los libros de la infancia. Así llegamos a Gorki y Balzac, a Roberto Mariani y los González Tuñón (Raúl y Enrique), a Castelnuovo y Kordon, Federico García Lorca y Pablo Neruda, Thomas Mann, Roman Rolland, Stefan Zweig y Emilio Zola, Ilya Ehrenburg y Vladimir Maiakovski, Carlos Marx y Pedro Kropotkin, José Ingenieros y Aníbal Ponce. Páginas de sueños y esperanzas que forjaron el perfil de nuestras vidas futuras en este valle de lágrimas. Y bombas de napalm.

La música nos tocaba serenatas bajo el balcón adolescente: Beethoven y Pugliese (La Yumba), las óperas y Troilo (Garúa), Tito Schipa y Gardel, Fiorentino, Marino y Rufino, todo al mismo tiempo. ¡¡Qué ensalada, madre mía!

Y luego, el cine francés de preguerra (El muelle de las brumas, Los bajos fondos, La gran ilusión) y el italiano de posguerra (Ladrones de bicicletas, Humberto D, Lustrabotas, Arroz amargo), nos pasmaron. Parados frente al espejo, pitábamos los fasos imitando a Jean Gabin o a Humprey Bogart. Y vivíamos enamorados de Ingrid Bergman, Michèle Morgan o Joan Fontaine.

Hasta que nos llegaron como una tromba marcándonos para la eternidad, el Astrólogo, Hafner el Rufián Melancólico, Hipólita la Coja, el Hombre que vio a la Partera, Remo Erdosain y sus angustias, personajes creados por la pluma exuberante de Roberto Arlt, maestro de la literatura porteña y gran titiritero que les dio vida, presencia y muerte con su imaginación desbordante.

Teníamos décadas por delante, todo un mundo para ganar. Éramos jóvenes, inquietos, curiosos; nos antojábamos poderosos, infalibles. Poseíamos la arrogancia de los años juveniles, la sensación de que todo lo viejo moría. Y a *nuestras plantas rendido un león*. Suponíamos vivir montados

en las olas de los nuevos tiempos, los cambios prodigiosos que se aventaban, el universo de maravillas en el cual creíamos, mientras las virutas y los aserrines nos contemplaban pícaramente con una sonrisa sobradora.

El futuro, entre tanto, nos rebasaba sin que lo advirtiéramos. Y sin prevenirnos, inflexible y tirano, nos dejó atrás excluidos de las fantasías que pergeñamos en nuestra adolescencia y juventud. Junto a personajes inolvidables de Caballito con quienes hicimos las primeras armas de la camaradería, el diálogo y la polémica. Cada uno tomó su camino y los sueños se apolillaron en el arcón de las cosas extraviadas, junto a nombres borrados por el tiempo y el olvido. Cincuenta y cinco años después, telas de araña disfrazadas de progreso y modernidad tabican los resquicios del mundo que sigue recorriendo una espiral en la que todas las utopías y fantasías que, suponíamos, llevarían a construir un mundo justo y solidario, han encallado en una ciénaga corrupta y global. ¡Sean eternos los laureles, que supimos conseguir, coronados de gloria vivaaaamos, o juremos con gloria morir! ¡¡Qué burla atroz, hermanitos! Sin laureles ni gloria. Muertos con o sin sepultura, anónimos, équises sin nombre.

Un día cualquiera, pues, me fui a visitar la catedral del aserrín y la viruta, allí, en la calle Arengreen casi Espinosa. Quería encontrarme con los espectros de los viejos compadres, sus viejas casas. Redescubrir el pasillo que llevaba al bulín de Augusto Roa Bastos, entonces un paraguayo desconocido, al lado del negocio del zapatero remendón de Arengreen. Me imaginé golpeando sobre aldabas untadas de herrumbre, puertas que se abrían y caras de madres y hermanas de antiguos amigos atisbándome ateridas de asombro, y yo devolviéndoles la sorpresa con una sonrisa anciana y melancólica.

Hacia allí fui, che. Me deslizaba por Espinosa sosegado, como un barquito de papel flotando en una vieja palangana de chapa. Me pareció ver entre brumas sincopadas el tranvía 85 y el ómnibus 69, me cache en dié. Andando al paso más tardo que pude, se me soltó la cuerda del bobo que se largó a corcovear como caballo embroncado en la doma.

Y llegué a la esquina. Miré hacia enfrente y no te ví, no divisé tu persiana oxidada, siempre a media asta, o el frente cachuzo. Tampoco la banderola ovalada, ahí arriba, media tuerta por la roña, como un mirador obcecado que jamás dejó la guardia. Me acerqué lentamente y con mirada patética comprobé que te habían liquidado. Que estabas muerta y sepulta en el foso de un edificio moderno y pintón. Que vos, hermana Carpintería, lujo de recuerdo y museo rante, protectora honoraria de nuestra adolescencia, compinche de las fantasías que forjamos entre esas paredes astrosas y tan cálidas, te habías diluido. Como un deschave lustroso que se transforma en nostalgia. En ese instante, Yo hubiera dado la vida para salvar la ilusión <sup>3</sup>. Habías desaparecido, como la viruta y el aserrín que juguetes del tiempo fueron. Reminiscencias en esta galaxia posmoderna y sicodélica, en la que el plástico sepulta al bronce, esa antigualla que ya nadie recuerda. Nostalgia de las cosas que han pasado, arena que la vida se llevó, pesadumbre de barrios que han cambiado y amargura del sueño que murió <sup>a</sup>. Tuve ganas de llorar, como un marmota reblandecido. ¿Pero sabés qué se me ocurrió, vieja amiga? Te lo voy a soplar: me dispuse a cantar, con todo el vozarrón que tengo (que no es poco): Aserrín aserrán, los maderos de San Juan // piden pan, no les dan // piden queso les dan un hueso // y les cortan el pescuezo. Como hacíamos a los quince, berreando en tu honor ese himno virutero y disparatado tras aquellas veladas de escabios cósmicos –todas vómito y sermones gangosos–, que nos dejaban exhaustos, listos para ensobrarnos con la mona alcohólica a cuestas, rajando a cien por hora para expeler en paz los últimos jugos curdelis. Sin remordimientos.

Entonces me tranquilicé y me fui tarareando, despacito despacito, como el rezo pecaminoso de un borracho intoxicado de agua bendita: aserrín aserrán, tralalín tralalán, aserrín aserrán, tralalín tralalán. Despacito, despacito •

<sup>1</sup>– El Leoplán, revista que apareció en Buenos Aires hace más de 60 años y donde se publicaban novelas y cuentos de la literatura universal

<sup>2</sup>– La antigua Alcaidía de Menores de Buenos Aires, hoy convertida en la seccional cuarta

<sup>3</sup>– *Desencanto*, tango de Santos Discépolo y César Amadori.

<sup>a</sup>– *Sur*, tango de Homero Manzi y Aníbal Troilo

## Recorte amarillo

**Siempre lo** contempla desde su palidez conmovedora. Y ahora siente deseos de abrazarla, de percibir muy dentro suyo la docilidad de su piel tan suave, callada.

No está a su lado. Piensa en sus ojos anclados en esa mirada que jamás parpadea. Quisiera inclinarse sobre la imagen de María Teresa, la de sus sueños perennes.

Atisba esas pequeñas cosas, anécdotas que con el paso del tiempo se convierten en una agenda íntima de ternuras. Y las despoja de pasado recobrándolas en un presente muy fugaz.

Vuelven esas sensaciones tan entrañables, profundas, recuperadas en el milagro de la nostalgia. De la piel tan suave, callada. María Teresa, que lo contempla siempre desde su palidez conmovedora.

Amándose como dos adolescentes agobiados por la devoción recíproca, y la ternura, y la pasión, y el hechizo. Su piel tersa y pálida. Los ojos distantes. A veces, con ese dejo de ausencia en aquel extraño matiz almendrado de la mirada.

Y él siempre abatido por las miradas toscas de los otros. Entonces la abraza –recuerda–, para reclamar su prioridad, confirmar la decisión precisa del destino. Y distingue el cabello manso que se confunde con esa palidez conmovedora. Que desde allí lo contempla, siempre, infaltable, María Teresa.

No puede vivir a solas, sin su presencia. Necesita tenerla consigo, vislumbrar por un instante esas formas tan suyas, tan queridas; percibir sus ojos tiernos que jamás parpadean. Como un reto infantil o un juego maravilloso que perpetúa la terquedad de su silencio.

Debe verla. Le falta esa tenuedad silenciosa, la mirada que no puede olvidar. Se abrocha la camisa, calza los mocasines, apaga la luz y sale del cuarto.

Entra en la salita, abre el álbum de lánguidas tapas y allí está, en el recorte amarillo de un diario muerto, el título jaspeado por el tiempo, lacónico, sin sentimientos, que vocifera en su negrura inmisericorde: ***En un enfrentamiento con fuerzas del orden fue muerta la subersiva María Teresa Lamborghini.***

Debajo, el retrato de María Teresa, que siempre lo contempla desde su palidez conmovedora. Sólo han transcurrido veinticinco años de un recorte amarillo •

## La sonrisa

**Se tumbó** sobre el catre con la blandura de una bolsa de alpiste. El silencio de la noche lo iba arrullando, y las cervezas que había tomado aceleraban la faena. Sus ronquidos competían con el tupí de la carpintería del vecino. Norita, la hermana, se despertó asustada en mitad del sueño. Él no lo sabría.

Se levantó sin intuir el amanecer. Se asomó a la ventana y contempló la oscuridad hermética, como pintada con tinta china. Un bostezo ciclópeo, absoluto, casi le desmonta la mandíbula. El aire fresco le producía placer y de pronto, con bronca, recordó que tenía que lavarse la cara y rajar a la parada. El Bizco, impaciente y con cara de culo, estaría esperándolo para armar los diarios.

Descargó medio litro de una orina color canario. Debe ser la birra, se le ocurrió. Se calzó las zapatillas, se metió dentro de la remera y abrió la puerta de chapa cuyo chirrido era como los buenos días de un loro bien educado.

Ahora estaba despierto. La sonrisa inocente se le alineó en la cara en tanto la brisa cariñosa de la madrugada le peinaba el pelo largo y ondeado. Ayudaba a los viejos y con su raquítico sueldo morfabá toda la familia Benítez: los padres y los cuatro hermanos. Después de todo, pensó, no es tan terrible. Y él siempre sonriendo, excepto al levantarse en las madrugadas.

La escuela se perdió en el camino. Con las tripas guitarreándole una zamba el pibe no podía estudiar. Y entonces el laburo. No era gran cosa pero le había tomado cariño. Ver pasar a la gente apurada, ese olor a tinta y papel

frescos que le embadurnaba los sentidos mientras escudriñaba los colores de la aurora y aspiraba la fragancia de la tierra mojada por mil aguaceros. Siempre con esa sonrisa de pibe que no jode a nadie, que ama la vida.

El Bizco le daba cinco mangos todos los días y el domingo siete. Laburaba desde las cuatro de la mañana hasta las doce. Lo ayudaba a armar los diarios y hacía el reparto en la barriada del Docke, mientras el sol lo quemaba desde arriba en el verano, o el viento le congelaba los dedos en esas madrugadas heladas hambrientas de cobija. Volvía del reparto y salía a vueltear por las calles de Dock Sud. Montaba en los colectivos ofreciendo *Clarín* o *Crónica*. A veces pifiaba el vuelto y se quedaba con algunas monedas para redondear el día. Y cuando el Bizco se iba a la casa a tomar el feca con leche y comer su sánguche de mortadela y queso, Héctor flanqueaba otras monedas de costeleta.

Regresaba del quiosco, comía y se echaba un rato. Luego de apoliyar, una ducha. Más tarde, a jugar un partido con los muchachos. A la noche salía con los amigos a la avenida Mitre, apuraban latitas de Quilmes, a veces lastraban pizza, un porrito por aquí, alguna joda por allá. Nada serio ni despampanante. Y la Norma esa a la que contemplaba con mirada glotona, proponiéndose culearla pa' que sepa qué lindo que es cojer!!!Qué mierda!

Se apuró. Venía por Vicente López y dobló hacia Benedetti, vio el auto que rajaba y los canas atrás. Escuchó algo: como ruido de petardos en año nuevo.

Estaba sentado, quieto. En su cara ese gesto inocente de sorpresa. Los ojos mansos parecían contemplar la noche cerrada. A él, que le gustaba tanto hacerse los picaditos bajo el sol quemante del verano o entrar en calor con las gambetas de las tardes frías. Y el Bizco, esperándolo para armar los diarios y salir al reparto •

## Las dos muertes de Tomás Achille

**Le tomó** su tiempo darse cuenta. Es que hay distintas clases de cambios. Los hay bruscos, notorios, repentinos. Como decir que son cambios varoniles, vigorosos, leales. Te ponen a prueba y no son traicioneros. Pero a Tomás Achille la cosa le vino de a poco. Como lamiéndole los sentidos; desarmándole las defensas; volteándolo con una finura maliciosa, casi invisible.

El hombre se resguardaba detrás de un mostrador rengó, tallado por esas arrugas de viejo apareadas a su propia vejez. Almacén de barrio en el borde cansado del suburbio, estanterías de provisiones que surtieron a una población sufrida y pobretona. Tieso. Detrás de esa mampara sin horizonte, siempre. Servicial, infaltable, maniatado por el fiado, los créditos incobrables, el trato afable, y la yapa coimera extinguida en las fauces del fin de la historia.

Levantó el boliche en los años de oro y plata, aguantó la inflación, los bajones. Y después de tanta aventura, paciencia, vejez, la cosa se cae, se fisura. Las exigencias prepotentes de los bancos, y las deudas esas que revolotean en las noches insomnes, ya no le dan paz. Pasaban los días, las semanas, y las mercaderías alineadas no cambiaban de lugar. Una polvareda insulsa, voraz y diestra cubría los estantes con una capa lúgubre y sepia. De vez en cuando solitarios paquetes de fideos o arroz, un huevo, o medio pan, cobraban vuelo. Y el lacónico mañana se lo pago disuelto en la torpe brevedad de la promesa.

Ese día Tomás Achille no aguantó. Salió apurado, cruzó la callecita alumbrada por un sol avariento, y le gritó:

–¡Eh, doña Luisa! ¿Qué pasa que no viene al almacén?  
¿Qué lleva en esas bolsas?

–Qué le ocurre don Tomás. Usted parece sordo y ciego.

–¿Por qué me dice eso? ¿Está enojada por algo?

–Pero dígame, viejo, ¿usted no se da cuenta de que la gente no compra más en los boliches? Tenemos el súper a tres cuadras. Hay de todo, don Tomás, allí compro el pan y la leche, el asado, repongo vasos rotos, compro pantalones y camisas, conserva, fideos. Y con la tarjeta. Es el fiado moderno ¿Se da cuenta, don Tomás? El boliche es para los que no tienen, para los muertos de hambre que no quieren trabajar. Está listo. Entiérrelo, don Tomás, ¡¡¡hágame caso!

El viejo baja los brazos, cruza lentamente, entra en el refugio, se parapeta detrás del mostrador con esas arrugas equiparadas a las de su vejez. Lo acompañan la soledad y el silencio del almacén.

Vieja bruja mentirosa, piensa. Aunque él lo sabe. No presume ni duda. Los pocos huecos en los estantes – fantasea– son como espacios vacíos que aguardan unos féretros grises y compactos que rellenen la escuálida escenografía.

Se acerca a la persiana herrumbrada y con el hierro entumecido de tantas bajadas engancha la medialuna. La ve descender quejumbrosa, lenta, igual que el telón de un viejo teatro de provincias en vísperas del cierre final. La bruja ésta tiene razón, masculla resignado el viejo. Te has muerto, almacén La Porota, sos un cadáver.

Al día siguiente, los aullidos desafinados de Pelele, el perro, despiertan al vecindario. Las mujeres caminan presurosas hacia el súper. Ni cuenta se dan esa mañana que la persiana de La Porota permanece baja, rígida, callada. Como muerta •

## Cuesta abajo

**Era un hombre de bien** al que la vida mimaba y le daba fragancia, como aroma de agua colonia. Tenía una mujer rubiecita y mofletuda. Dos hijas que eran un encanto. Una casita con jardincito y un cochecito modesto pero que tiraba. Todo en él refulgía. Trajecitos con chaleco hechos a medida, los zapatitos de Grimoldi, las medias made in Brasil o China, y las corbatitas de seda Pierre Cardin. Sí; vivía bien el Roberto ese. Juntó platita. La cuenta en el City no estaba nada mal para un jefecito de ministerio. Todos los años, vacaciones en Mar del Plata con la familia en pleno. Inefables, exactas, y puntuales. Como el Big Ben londinense. Las nenas, sanguijuelas de rostro angelical y apetito de leonas, se casaron. Él les repartió parte de sus ahorros. Luego llegaron los nietitos, en buena hora. Y Roberto se quedó solito con la Turca Isabel.

No tenía muchos vicios: un atado de importados cada día, algunos domingos ir a ver a los troncos de Huracán –aunque era oriundo del barrio de Boedo–. Los viernes al *shopping* del Abasto, una pizza medio fané y una botellita de cerveza. Los sábados por la noche la cita rigurosa y repetida: ir al cine con la Turca. Y luego, la parrillada con ensalada mixta y una botella de tinto. Ni muy ni muy.

La pareja andaba medio aburrida, atareada en el quehacer fastidioso de quitar las hojas de los almanaques. Lunes, martes, miércoles y así hasta el domingo, el día consagrado a la raviolada que devoraban en compañía de las hijitas, los cónyugues y los nietitos en la edad del crecimiento.

La vida de Roberto e Isabel era como una calesita que gira y gira. Siempre con los mismos caballos que suben y bajan, y los autitos para los más pequeños, la música repetida

y pegadiza y, por último, la magia de la sortija. Aunque nada es eterno.

En los pasillos del ministerio comenzaron a circular rumores. Feos; muy feos los rumores. Las caras largas, medio cenicientas. La palabra despido comenzó a cotizarse. Y el ánimo bajaba más que las bolsas después del riesgo país.

–Flaco, la cosa anda medio jodida: me parece que nos rajan a todos los veteranos –le dijo uno que se las daba de tipo enterado. Pero Roberto no creía. ¿Después de treinta años en el ministerio lo iban a echar? ¡¡Qué desgraciada que es la gente!

Se presentó fresco el otoño porteño. Ese fin de semana Roberto suspendió la raviolada para las hijas. No tenía ganas de escuchar las pelotudeces de los yernos, los comentarios dietéticos de las hijas y los chillidos insoportables de los nietos. Tenía un bolo medio raro apretándole la laringe. Isabel pasaba ida y vuelta mirándolo a los ojos, pero él como si nada. Finalmente, le preguntó:

–¿Te pasa algo, Beto? Te noto muy raro, callado; sentado ahí con cara de velorio, sin querer ver a tus nietos, renunciando a los raviolos. A vos te pasa algo, ¡¡contáme por favor!

Él la contempló en silencio, se desplazó por el patio de la casita, miró al gato con resquemor, prendió un importado y, prolongando el suspenso, le dijo con voz estúpida:

–Me despidieron del ministerio, Isabel. Como a un vulgar supernumerario. Les regalé treinta años de mi vida y ahora, cuando tengo casi sesenta y tres pirulos, me dejan en la calle. ¿Adónde carajo voy a ir? No sé hacer un corno fuera de firmar expedientes. Y no te ofendas, Isabel, pero mirá lo que me hizo este Turco hijo de mil putas. ¡¡Este patilludo degenerado nos mató a todos!

La indemnización se la fueron pagando en cuotas. Durante los primeros meses Roberto e Isabel continuaron con

su nivel de vida habitual. Repartiendo los mismos regalitos a las hijas, a los yernos y los nietitos. Incluso le prestó plata a una de las hijas para comprarse la casita: Es mi sueño, papá. Y a la otra para conocer Europa: ¡¡Ay, papi, nunca salí de Buenos Aires y Mar del Plata!

Mientras tanto, encontrar trabajo se convirtió en una ilusión. A los seis meses Roberto se convenció de que estaba liquidado. Isabelita dejó de ir todas las semanas a la peluquería. Luego empezó a pasar por la vereda de enfrente, dando vuelta su cara de beba crecida. No fuera que la viesen, así, desprolija, como van las pobres.

Roberto le tomó el gusto al vino y el disgusto a la comida. Guisos de arroz, estofado chirle con fideos de paquete, chau a los bifés y el asado, chau al crudo y el gruyere. ¿Cuándo comí yo esta basura? protestó con un amargo sabor a hiel que le produjo náuseas.

Las hijas se fueron borrando, como las luces de la tarde. Con cancha. No queremos molestarlos ni afligirlos, dijo la mayor. La otra se especializaba en urdir pretextos: El nene está con fiebre... Tengo un ataque al hígado. Los yernos ni se acercaban a la casa de los suegros. Como si estuviesen en cuarentena por alguna enfermedad virósica. Los nietos hablaban por teléfono, hasta que Telefónica cortó la línea por falta de pago. Le costó convencerse, pero finalmente entendió que el futuro había patinado en el ayer. Y con el pasado había terminado su carrera en el mundo. Los restos de sus ahorros se iban dilapidando en la compra de alimentos, el servicio social y los gastos más necesarios.

Una mañana, la Turca le anunció que iba a visitar a una de las hijas. Volvió hacia el mediodía: Beto la miró neurótico, medio enfurecido, y le gritó furioso:

—Tardaste un montón. Aunque comemos basura también basura hay que cocinar.

—Te podías arremangar y haberla preparado vos. ¿Qué sos? ¿Un duque? Estoy podrida de ser la que hace los

mandados, prepara la comida y se ocupa de la limpieza, mientras que vos sólo sabés llorar, lamentarte. Mejor andá a buscar algún trabajo, una changa, ¡¡qué sé yo!

—¿Ah sí? ¿Y por qué no vas vos a buscar alguna ocupación?—respondió irritado.

—¡¡Yo ya encontré trabajo!—dijo ella en un lapsus repentino.

Se hizo un silencio medio pérfido que no prometía nada bueno. Roberto puso cara de tragedia griega, bajó los brazos y declamó, patético:

—¿Adónde hemos llegado, Isabel? ¿Qué nos está pasando, dios santo?

—Es algo muy sencillo, Roberto. Vos vivís en el pasado, recordando día y noche qué bárbaro que la pasábamos. Eso se terminó, ¿entendés? Encontré dos casas para hacer la limpieza y me puse a trabajar. Y a otra cosa. Y no jodás más, por dios.

—Pero esto que me decís es denigrante: ¿Cómo voy a poder mirar a mis amigos a la cara? Mi mujer convertida en una sirvienta, una vulgar fregona. ¡¡Es algo para no creer!

Ella sonrió encogiéndose de hombros y se mandó mudar, diciéndole:

—¿Dónde están tus amigos, eh? Ah, si querés comer, tenés en la heladera el resto del guiso de anoche. Yo almorcé en la casa de mi patrona: es muy buena mujer. Y ahora. me voy a dormir la siesta. Chau.

Roberto se acordó de sus viejos, tanos inmigrantes que apenas si sabían leer, juntando pesito sobre pesito para mantener la casa y mandarlo a estudiar. ¿Por qué yo no tengo hermanos?, les decía a los viejos. Hay que dar de manyar a lo hicos, filio mío, e nosotros como povere, ¿capicce, Bettino?.

Esa mañana le dijo a la mujer: Hasta luego, Isabel. Y no volvió más. Lo buscaron los yernos, algunos pocos amigos que les fueron fieles (sólo uno), dieron parte a la policía, y

nada: Roberto se hizo humo. Tiró la toalla, como quien dice. Y en el camino fue perdiendo la paciencia, la honradez y la conmiseración hacia el prójimo. Andaba mal vestido, daba lástima. Él, que se pasó la vida criticando a los cirujas y vagos, huyendo de los mal entrazados, borrachines y pedigüños. ¿Y ahora? Sonrió con una hebra de amargura.

Andaban por la zona de Retiro. Eran siete u ocho tipos convertidos en naufragos, que hacían ranchada juntando lo que conseguía cada uno. Algunos manguaban; otros revolvían los tachos de las casas de comida. Pechaban cigarrillos, panes, lo que venga. Con el tiempo se fueron acostumbrando a pequeñas chorrerías. Les hacían la vista gorda porque se trataba de cositas de poca monta y sabían que las necesitaban. No parecían delincuentes. Existía entre ellos una especie de compromiso: no mencionaban el pasado o la familia. Salían sólo para hacer acopio de vituallas. Al mayor, canoso y algo chupador de tinto, le tenían respeto. Lo llamaban Don Globito porque en una oportunidad confesó que era hincha de Huracán. Dormían en un galpón abandonado del ferrocarril Mitre. A veces alguno faltaba, pero no hacían preguntas.

Don Globito salía generalmente en horas de la noche. Aunque se había dejado barba y bigote temía encontrarse con algún familiar o gente que había conocido en el pasado. Recogía diarios: le gustaba leer y pasaba varias horas exprimiendo los suplementos que encontraba en los tachos.

Una madrugada entró la comisión policial. Les patearon los enseres, hicieron una pila con todas las cosas y le prendieron fuego. Luego se los llevaron por vagancia. A los que tenían documentos los largaron al mediodía, recomendándoles que no volvieran a aparecer por la zona.

Cambió de barrio. Dejó Retiro y se afincó en su antigua barriada de Boedo. La gente le daba una mano; un viejo amigo lo reconoció y lo dejaba dormir en el taller de soldadura

autógena, a cambio de pequeños mandados. Allí podía pegarse una ducha, escuchar radio, leer. No quiso ver a la parentela. Empezó a cobrar una magra jubilación e incluso fue nuevamente a la cancha de Huracán.

Roberto no se explicaba la resignación. Era un ser marginado, vivía estrechamente, los familiares –pensaba–, le habían mostrado las pezuñas, pero ahora se sentía acongojado.

Lo hecho no podía remediarse. Pero extrañaba a la Turca y sintió remordimientos. Hacía más de dos años que no la veía. Decidió volver, reencontrarse con Isabel y pedirle perdón. Luego vería. Llegó a la puerta de la que fue su casa, golpeó suavemente mientras el corazón le brincaba. Imaginaba la reprimenda de la mujer, los reproches de las hijas, la ironía de los yernos y el pechazo de los nietitos. Suspenso con más estrés que un final cabeza a cabeza en Palermo. Una mujer desconocida le abrió la puerta, preguntándole qué deseaba.

–Yo vivía aquí, señora, esta es mi casa. ¿Dónde está Isabel, mi esposa? –balbuceó.

–Lo siento mucho, señor, la señora Isabel falleció hace unos meses. Del corazón, ¿vio? Las hijas me alquilaron la casa y me dijeron que también el padre murió, que están haciendo la sucesión.

Pasó el tiempo. Una mañana soleada fue a cobrar la jubilación. Caminaba por Independencia cuando escuchó una vocecita de contralto en falsete que le trajo resonancias familiares.

–¡Papá! ¡¡Papi! ¿Dónde estaba metido? ¡¡Tanto que lo buscamos!

Reconoció la voz de su yerno, el marido de la hija mayor. Se detuvo con calculado regocijo.

–Perdón, yo no lo conozco. Seguramente me confunde con otra persona.

Y dándose media vuelta se perdió entre las callecitas de Almagro, murmurando para sí: ¡Andá a cantarle a Gardel, turro, desgraciado! •

## Tía Julia

**Es jodido** vivir al día. Nunca sé si mañana morfo o corro la liebre. Desde el año pasado que estamos en mala onda, la malaria nos cagó la vida y mi casa es un despelote.

Mi viejo no labura; y mi vieja dejó de armar camisas. Mejor dicho le fueron achicando lo que cobraba por prenda. Al principio le traían el paquete. Después, ¡¡que se joda! Le pagaban una miseria. ¿Y el viaje, y los hilos, y la vista? No por nada nos decía la vieja: La vida se me va sobre la máquina de coser. Y a nosotros se nos partía el alma.

La vieja largó; el viejo se lavó las manos; y nosotros, los hijos queridos, tenemos que andar por ahí buscando algún laburito de ocasión.

Cuando llegó el nuevo presi —mis viejos son radicales— tuvieron esperanzas. Pero no pasó nada. Ese De la Rúa parecía un mogólico. Mi viejo fue al comité, lo quisieron arreglar con dos kilos de yerba y uno de azúcar: ¡¡Métanselo en el culo! les dijo, rompió la tarjeta radical y los puteó como sabe hacer el viejo.

Yo tengo catorce años, mi hermano Gustavo, diez y seis, y Graciela, once. A veces me la rebusco repartiendo volantes del restorán chino o del Café—Tango de Balcarce. Los lunes vendo diarios en la parada del Chicho. Poca guita, pero algo es algo. Gustavo es más piola. Sube a los colectivos y vende la Guía T. Se conoce a casi todos los colectiveros de la 10, la 9 y la 17. Es para ir tirando.

Además, está la Tía Julia, hermana del viejo, que trabajaba en el correo y hace seis meses la mandaron a la mierda. La tía no se hace mala sangre. Es una enfermedad de familia porque ella y mi viejo son parecidos: no se calientan nunca.

Tía Julia duerme hasta tarde, se despierta con un bostezo chillón y aparece en el patio con un deshabillé de princesa rusa, se sienta en un sillón con la mirada perdida y después de media hora prepara la pava para el mate. Si mi hermano o yo pasamos delante de ella nos dice que le miramos las piernas, que somos unos pajeros. Ahora yo me pregunto: ¿Por qué se sienta toda despatarrada, con el deshabillé desabrochado desde la cintura? ¿Se cree que nosotros somos trolos? Mi mamá la reprende pero es inútil. Tía Julia es así.

Todas las tardecitas se pega un baño morbosos –tres cuartos de hora por lo menos–, se mete en la bañadera, a veces se afeita las piernas, se da una sesión de cremas por todo el cuerpo. Desnuda, se mira un largo rato en el espejo, de frente y de perfil, se toca las tetas y luego se viste. Sí, me imagino la pregunta: ¿Y vos cómo sabés todo esto? ¿Acaso la ves? ¿La verdad? Sí, cuando puedo la espío, y Gustavo también. Y después ya saben, rajamos al baño o al fondo.

Tía Julia cobra la indemnización del correo en cuotas. Cuando necesita comprarse la ropa ajustada, los zapatos de taco alto, las pinturas con que se esgracha la cara, los perfumes franceses y bombachas que parecen hilachas trenzadas, saca plata del banco. Algunos sopos nos larga, pero muy poco. Tampoco le pedimos. A mi hermanita le da monedas para ir a la primera sesión del cine, y a mi vieja le tira unos pesos. Tomá, para el puchero, le dice.

Esa mañana apareció con un deshabillé flamante, el habitual bostezo de perrita caniche y con voz rara nos dijo: Conseguí un nuevo empleo. Se acabó la mishiadura, familia. Nadie abrió la boca. Graciela no estaba, porque es la única que va a la escuela. Los viejos ni parpadearon. Gustavo la miró como si viera volar a una mosca pegajosa. Yo le pregunté, haciéndome el interesado:

–¿Qué clase de laburo, Tía Julia?

–¡¡Por lo menos alguien se preocupa! Trabajo de moza en un bar, turno noche. Se gana guita con los turistas.

–¿Dónde queda el bar, Tía Julia?

–Por Recoleta, nene. ¿Por qué? ¿Vas a venir a tomar algo y le vas a dejar una propinita a tu tía? –Me callé la boca. Al resto de la familia no se le movió ningún músculo de la jeta.

Esa semana el Chicho me ofreció trabajar todos los días, y Gustavo vendía en los colectivos herramientas a cinco pesos. Compraron un montón. Habíamos cazado la buena onda. Al terminar la semana Gustavo me dijo:

–Vení, Flaco, vamos de joda. Esta semana nos fue requetebién. Tenemos que divertirnos, vamos a ir al cine, después comemos pizza y tomamos cerveza. Te tengo una sorpresa.

–¿Qué sorpresa, Gustavo? ¡Contame.¡Contame, no seas turro. ¡¡Dale!

–Tranquilo, pibe, ya te vas a enterar.

–Turrazo. ¿Por qué no me contás?

–Está bien: después de comer vamos a lo de una puta a cojer. Me la recomendó el mayorista. ¿Fuiste alguna vez?

Quedé callado. Me daba vergüenza decirle que no. Gustavo se avivó y me dio ánimos.

–Quedate tranquilo, hermanito, que todo va a andar bien. Es una mina de clase, ya vas a ver.

Ese fin de semana no me quedé tranquilo. Tenía dolor de estómago. Sí, tenía un cagazo de primera. Aunque confiaba en mi hermano.

Llegó la noche del domingo. Fuimos a Lavalle, vimos un bodrio y después comimos pizza en Las Cuartetas. Gustavo me apuraba. Tenía la pizza en la garganta. Mi hermano pagó.

–Rosana nos espera a las nueve, tomemos el colectivo. Tiene el bulín en Carlos Calvo. Vos entrá primero. Yo te voy a esperar en un barcito que hay en la esquina

Bajamos en Chacabuco y caminamos. Mis pies parecían metidos en mocasines de plomo. La calle estaba vacía, a

oscuras. Llegamos a la puerta de madera. Una casa antigua. Pensé que allí podría haber estado la jabonería de Vieytes. Del cagazo imaginaba cualquier cosa.

–Andá, te espero en ese barcito de mierda.¡¡¡Dale, boludo!

Subí las escaleras angustiado. De las habitaciones venían rancios olores de coliflor y pescado frito. Una cumbia a todo volumen aturdía. Golpeé con tal delicadeza que tuve que hacer bis. Y casi pis.

–Entrá –dijo la voz. El pomo de la puerta se me antojaba enjabonado: resbalaba y me costó hacerlo girar. Entré. La habitación en penumbras. La tipa tarareaba bajito un tango, la voz era suave y dulce. Me pareció conocida. Y eso me tranquilizó.

–Sacate la ropa y vení a la cama –susurró–. ¡¡Qué jovencito que sos!

Estaba tiritando. Quería rajar, tomármelas a cien por hora. La remera y la musculosa se me enroscaban en los brazos. La cosa fue con los pantalones. Intenté bajármelos sin sacarme las adidas. Se produjo un embotellamiento en las rodillas; transpiraba sudor y miedo. Fue cuando la escuché decirme con voz canchera:

–Vení aquí, nene, vení con tía Rosana. –El espanto invadió mi cuerpo. Levanté los pantalones, agarré la remera y le dije que me iba. Cuando estaba por disparar la mina me atajó en la puerta y me miró... ¡¡Mi dios!

–¿Adónde vas, pibe?

Estaba pintarrajeada, el cuarto olía a porro. Me hizo sentar a su lado, puso la mano sobre mi mejilla y abrazándome me imploró:

–No me digas nada, pibe, ¡¡por favor! –Dábanos lástima los dos.

–Mi hermano me está esperando –le dije preocupado.

–Andáte. Qué esperarás. ¡¡Tomátela!

Salí con muchas ganas de llorar. Era como si hubiese crecido de golpe. Aunque por otro lado, ¡¡qué alegría, qué alivio, mi dios! No era la Tía Julia •

## En busca del paraíso perdido

**Teodoro Blum** es uno de esos agraciados que tienen un excelente empleo, una mujercita laboriosa consagrada a la docencia y la decencia. Para Carmencita el mundo es transparente, de una sola pieza. Los dos cruzaron el umbral prometedor de los treinta; disfrutaban de ese departamentito tan acogedor, mimoso, funcional, con un barcito en el que no faltan bebidas. Más bien sobran.

Los amigos de Teo, programador talentoso de computación, llegan de visita los sábados por la noche con sus parejitas, todas empilchaditas con mini, sandalias pulsera de taco alto y una despreocupación total. Al tercer cóctel, las risitas promiscuas se convierten en un vergel picaresco. El clima y las copas alzan las temperaturas. La del ambiente, la del cuerpo, las lúbdos se movilizan como un pelotón de infantería dispuesto al combate. Las distancias se acortan, las minis se pliegan y se convierten en un rollito en la cadera. Aparecen bultos sospechosos en las entrepiernas masculinas. Los burreros gritarían: ¡¡largaron!

Ellos, que iniciaron sus egoloquios escuchándose eufóricos y locuaces, van ingresando en una bruma coctelosa. Las pupilas destellan lucecitas en los ojos algo bizcos, la voz se les tuerce, a derecha o izquierda. Se deslizan como ridículos zombies con una sonrisa estúpida que pretende ser pose de galán acartonado.

El salón de los Blum gira en un vals interminable. Sentados en los coquetos silloncitos de tono violeta, las manitos comienzan el juego del oficio mudo desplazándose por los muslos blancos que conservan, aún, la tersura de los talcos y las cremitas suavizantes. Y ellas, mientras tanto, se desviven por ingresar sus cuidadas manos en los bolsillos

inflatitos de los cónyuges. Pero no siempre lo logran. Generalmente yerran con premeditación y excelente puntería, y se topan con una masa durita que pertenece al vecino de asiento.

Después de varios meses los escarceos del sexo se han convertido en un hábito. Una rutina que tiene sus flancos aburridos. Como dijo una de ellas: Las princesas vamos hastiándonos. Hastiándose de los mariditos, de los coctelachos y las pildoritas mágicas, de las frases con triple intención cada vez menos eficaces, repetidas, sonsas, de las proposiciones cuyas conotaciones groseras suben en la escala del mal gusto. Entonces recurren a las fantasías enroscadas en la afiebrada concupiscencia de los sentidos. Se zambullen en la variación practicando nuevos efectos y poses, probando nuevas sensaciones. Hasta la próxima.

Risas que suben de tono y pantalones y bombachas que bajan. Ojos inyectados en pensamientos abananados o, a la inversa, en laberintos humedecidos y cálidos. Fantasías impregnadas con salivas de deseo e impaciencia. Y entonces los recovecos y pasillitos sufren un embotellamiento de piernas revoleadas en el aire, pantalones dispersos por doquier, sonrisas, grititos y suspiros en un menjunje de sensaciones tridimensionales y estereofónicas.

Llega la pausa. Los guerreros van izando sus sacos de huesos, ellas se recomponen con el lápiz de labios hurgando entre los laberintos del campo de batalla hasta recuperar sus exóticos corpiños y las minibombachas abandonadas en el fragor de la batalla.

Luego el desbande, la retirada lánguida. Ellos y ellas con ojeras circulares de tono azabache, ojos inyectados en frustraciones, suspiros pesimistas y eructos ácidos.

Vuelven a sus casas en los audífonos que aún están pagando. Han pasado otro divertido fin de semana. No lo

comentan, pero se han construido un agradable *week end* paradisíaco.

Así transcurren los días y las noches de los hombres felices, de las parejas dichosas, como la de Teodoro y Carmencita; él programador y ella docente. Con la casita achichada de lustrosas porquerías, la TV 43 pulgadas, el CD compacto, estereofónico, la PC Windows 2001 y Word 2000, el correo electrónico, el Ford Fiesta modelo 2000.

Leer les aburre, los párpados titilan y luego se duermen con ronquidos intelectuales.

–La última vez que leí un libro serio fue a los 18 años – confiesa entusiasmado Teo.

–Ay, yo me olvidé, Teo. Ni lo recuerdo. Pero qué importancia tiene, nene, la vida hay que disfrutarla día a día. La lectura, fuera de la página de modas, no te da nada, sólo te complica, te mete en problemas ajenos. ¡¿Qué necesidad tenemos de que nos amarguen con las desdichas de los demás? ¿No te parece, Teo?

–Tenés razón, Carmen, qué mierda me importa lo que le pasa a los otros. Somos personas preparadas, capaces, nos rompimos el culo para estudiar y triunfamos en la vida. ¡¡Somos algo! Esos que andan por ahí quejándose más vale que estudien, que se preocupen por avanzar y no pedir ayuda. ¿Sabés una cosa, Carmen? No hay que tenerles lástima, que se jodan por vagos, por no tener inquietudes.¡¡¡Que se jodan!

Este diálogo realista, constructivo, de gente que sabe lo que quiere y tiene lo que merece, fue escuchado en un departamentito del barrio de Belgrano (coloquios de este signo hoy se escuchan en París, Londres, Río de Janeiro, Amsterdam o Tel Aviv).

El clima de paraíso, tórrido, como un cóctel de joda permanente (ninguna relación con la teoría de la revolución permanente de León Trotsky) seguía su curso ascendente descendente. El clima se iba enrareciendo, el cambio de pareja en esas noches tempestuosas, el aburrimiento por la rutina, los tríos haciendo vueltas de carnero sobre la cama de

los Blum iba transportándolos al suspiro, a la vaciedad. Pero ellos seguían: tal vez por inercia, quizás porque no sabían a qué dedicarse, cómo estrangular el aburrimiento, a qué nueva joda maravillosa podrían consagrarse.

Los encuentros de los sábados se convirtieron en citas de parejas en hoteles a todo lujo, con espejos circulares, pantalla de video con películas estimulantes, tequila con hielo, cócteles afrodisíacos, y que viva la joda permanente (ya fue escrito más arriba: nada que ver con Trotsky).

Cambio va, cambio viene... Una hermosa mañana de sol Teo Blum llega a su bien remunerado empleo y le anuncian que ése es su ex empleo, que desde ese momento es ex funcionario de IBM; y que a partir de ese día Teodoro Blum deberá escribir y enviar su curriculum hacia los cuatro puntos cardinales del país, concurrir a entrevistas para cotejarse con muchos otros, competir, hablar con modestia luego de emplear durante tanto tiempo ese lenguaje profesional, sardónico y suficiente. Teo camina ahora por esas calles del centro, contempla restaurantes acogedores con cocineros de fama y en los cuales –otros tiempos– fue *habitué*.

Teodoro Blum lleva tres meses mandando cartas a los avisos que aparecen en Clarín, viaja, se entrevista. La empleada de Oca ya lo reconoce y le brinda su cálido ¡¡Buenos días, Sr. Blum! Pero Blum se ve cada vez menos señor y más un insecto abandonado. No se afeita, viste con descuido: el arrogante Teodoro Blum, el gran programador de IBM, ahora recuerda una de sus frases célebres: Que se jodan por vagos.

Esa noche Carmencita, estufada por la larga veda, se le arrima toda modosita, vestidita (bah, es una manera de describir) apenas de punta en negro, soutien y bragas con ligas relucientes y todo reducido a la mínima expresión (como para la Barbi), tumbada en la cama, con zapatos pulsera y medias negras que resaltan su blanca piel, aguardando el renacimiento conyugal. Teo no se puede escurrir, desea

consolarse por las cosas que le ocurren y se prende a la carnosa y todavía atractiva Carmencita. Luego de un agridulce forcejeo se levanta del lecho conyugal, y con las manos en cruz, exclama con voz patética: ¡No me funciona, Carmencita! De donde se colige que los paraísos terrenales son efímeros. Que León Trotsky estaba equivocado: Ni la revolución, ni la joda, ni los paraísos son permanentes •

## Las dos muertes de Tomás Achille

**Le tomó** su tiempo darse cuenta. Es que hay distintas clases de cambios. Los hay bruscos, notorios, repentinos. Como decir que son cambios varoniles, vigorosos, leales. Te ponen a prueba y no son traicioneros. Pero a Tomás Achille la cosa le vino de a poco. Como lamiéndole los sentidos; desarmándole las defensas; volteándolo con una finura maliciosa, casi invisible.

El hombre se resguardaba detrás de un mostrador rengó, tallado por esas arrugas de viejo apareadas a su propia vejez. Almacén de barrio en el borde cansado del suburbio, estanterías de provisiones que surtieron a una población sufrida y pobretona. Tieso. Detrás de esa mampara sin horizonte, siempre. Servicial, infaltable, maniatado por el fiado, los créditos incobrables, el trato afable, y la yapa coimera extinguida en las fauces del fin de la historia.

Levantó el boliche en los años de oro y plata, aguantó la inflación, los bajones. Y después de tanta aventura, paciencia, vejez, la cosa se cae, se fisura. Las exigencias prepotentes de los bancos, y las deudas esas que revolotean en las noches insomnes, ya no le dan paz. Pasaban los días, las semanas, y las mercaderías alineadas no cambiaban de lugar. Una polvareda insulsa, voraz y diestra cubría los estantes con una capa lúgubre y sepia. De vez en cuando solitarios paquetes de fideos o arroz, un huevo, o medio pan, cobraban vuelo. Y el lacónico mañana se lo pago disuelto en la torpe brevedad de la promesa.

Ese día Tomás Achille no aguantó. Salió apurado, cruzó la callecita alumbrada por un sol avariento, y le gritó:

–¡Eh, doña Luisa! ¿Qué pasa que no viene al almacén?  
¿Qué lleva en esas bolsas?

–Qué le ocurre don Tomás. Usted parece sordo y ciego.

–¿Por qué me dice eso? ¿Está enojada por algo?

–Pero dígame, viejo, ¿usted no se da cuenta de que la gente no compra más en los boliches? Tenemos el súper a tres cuadras. Hay de todo, don Tomás, allí compro el pan y la leche, el asado, repongo vasos rotos, compro pantalones y camisas, conserva, fideos. Y con la tarjeta. Es el fiado moderno ¿Se da cuenta, don Tomás? El boliche es para los que no tienen, para los muertos de hambre que no quieren trabajar. Está listo. Entiérrelo, don Tomás, ¡¡¡hágame caso!

El viejo baja los brazos, cruza lentamente, entra en el refugio, se parapeta detrás del mostrador con esas arrugas equiparadas a las de su vejez. Lo acompañan la soledad y el silencio del almacén.

Vieja bruja mentirosa, piensa. Aunque él lo sabe. No presume ni duda. Los pocos huecos en los estantes – fantasea– son como espacios vacíos que aguardan unos féretros grises y compactos que rellenen la escuálida escenografía.

Se acerca a la persiana herrumbrada y con el hierro entumecido de tantas bajadas engancha la medialuna. La ve descender quejumbrosa, lenta, igual que el telón de un viejo teatro de provincias en vísperas del cierre final. La bruja ésta tiene razón, masculla resignado el viejo. Te has muerto, almacén La Porota, sos un cadáver.

Al día siguiente, los aullidos desafinados de Pelele, el perro, despiertan al vecindario. Las mujeres caminan presurosas hacia el súper. Ni cuenta se dan esa mañana que la persiana de La Porota permanece baja, rígida, callada. Como muerta •

# Mañana hay que madrugar\*

## I. Federico

**Son tan pálidos** estos rayos, que me dan pena. No parece el mismo sol. ¿Y las nubes? Pucha digo, ¿cómo es que se decía? Sí, parecen naturalezas muertas.

Lo que me da más bronca es que no puedo seguir estudiando. El viejo dice que no tiene medios. Qué palabrita más jodida, ¿eh?

Uno tiene que apechugarla. Los ves a los otros, bien empilchados, siempre con una sonrisa media guacha en la jeta, sobrándote. A veces un importado les cuelga de esos labios pringosos y abultados por la buena comida.

Sí, buena vida que se dan. Y uno tiene que vivir de remiendos, de las sobras que otros tiran a la mierda, a la basura. A veces me pregunto –¡con rabia, seguro!–, para qué me funciona el balero, por qué le agarré el gusto a la lectura y escribo, y por qué los maestros me decían: Giménez, vos tenés el futuro asegurado, sos inteligente, capaz, seguí así que vas a llegar lejos.

Qué tomadura de pelo. Hace tres años que terminé la primaria. Y hace cuatro que mi viejo carece de medios. Claro, lo rajaron de la empresa por reajuste presupuestario –otra frase jodida–. Pero no necesito ir al colegio para entender lo que significa.

El viejo pensó que saldría a buscar empleo al día siguiente y encontraría la oportunidad de su vida. Mi papá terminó amansado, el pelo rubio ahora está casi todo blanco. Y la cara de amargo se le está arrugando como la gran puta. El viejo era un tipo macanudo, siempre sonriente. Ahora berrea desde la mañana, putea a toda hora, se la pasa

tomando mate, vendió la computadora –con lo que me jodió a mí–, también el auto. Sí, a veces no lo reconozco.

¿Y mi mamá? Pobre vieja. El mundo se le vino encima. Está desconocida, se abandonó por completo, las greñas le dan una pinta lamentable, todo el día se está quejando. La querida familia, que venía por lo menos dos veces por mes a engullir el asadito, las achuras, a chupar vino del mejor y bebidas frías, se fugó, se borró.

Yo no vivo en Olivos, ni en Adrogué. La casa de mis viejos está en un barrio de gente de trabajo. Hoy parece un hogar abandonado, no digo sucio, pero sí frío, lejano, hosco. No sé cómo explicarlo. Vivir hoy en mi casa es como sentirse un desgraciado. Un huérfano que carece de amor; o del cariño de los padres, y que le falta una caricia cálida para sentirse bien.

Yo no culpo a los viejos. Pienso que estos cambios, que nos dejaron sin medios, son una maldición, una venganza de aquellos que tienen mucho y quieren más, que no se conforman con los dólares acumulados en sus bolsillos repletos. Esos dólares germinan, crecen y se expanden como brotes de menta después del rocío. ¿Y nosotros qué? A la mierda.

Mi hermanita, pobre, no se da cuenta del por qué de las cosas; pero las percibe. Ella va a la escuela todavía. Una vecina le regala útiles, una cartuchera vieja, le presta los libros y apuntes y le regala el guardapolvo usado de una de las hijas.

Se te calienta el corazón cuando ves que gente que apenas conocés te da una mano. Hace dos domingos pensábamos comer arroz con pesto, ¡¡y mucho pan! A la una y media más o menos sonó el timbre. Era doña Leonor que nos traía una fuente con ravioles y algo de carne estofada.

–Nos quedó del mediodía, Katy, ¿vio? ¡¡No! No nos agradezca, pero por favor. ¡Buen provecho! Sí, después me manda la fuente con alguno de los chicos.

La vieja se puso a llorar. Y también mi papá, que sólo lloró cuando un auto atropelló a Pelito, el perro que teníamos.

Y esa no fue la única. Los Arancibia –buenas personas– a veces nos convidan. La vez pasada nos trajeron pizza y empanadas. La gente no nos olvida.

También yo me siento pa'l carajo. Ya mencioné que no puedo estudiar. Hay algo que me consuela –bah, es una estupidez lo que voy a decir. Que somos muchos los que no podemos estudiar porque nuestros viejos no tienen medios. ¡Qué palabra hija de puta! Sí, somos muchos y tal vez algún día nos sirva para algo, para cinchar pa' delante. No sé. Pero yo no dejé de leer. Tengo un pibe amigo bueno, amigo no, porque los viejos le deben decir: No te juntés con Giménez que es un muerto de hambre. El Toto no es mal pibe, me presta libros y yo le doy a leer las cosas que a veces escribo, poesías y cuentos que se me ocurren.

Si me vieran los maestros, aquellos que me decían: Giménez, vos vas a llegar lejos, se caerían de culo. ¿Cómo, no estudiás? Pero che, sos un gran boludo. ¿Te dedicás a la vagancia? ¡Qué desperdicio!

Qué sabrán ellos de la falta de medios. Bueno, en realidad no sé. Tal vez los rajaron. Que también los maestros están jodidos. En este país el que no pasa la malaria o es un chorro, o es político, o es de la cana o chupas de los que gobiernan.

Yo era federal, pero ahora me hice unitario. Por culpa de este riojano fanfarrón. Unitario rabioso, aunque Rivadavia nunca me gustó. Qué país de mierda; aquí uno es esto o aquéllo según el color de la camiseta. Nos jodemos por fanas.

Salí a la calle pa' mirar el sol. ¡Qué rayos más pálidos! Parecen enfermos de raquitismo. O a lo mejor soy yo el enfermo. Y estas nubes tan fofas, casi transparentes. Y bueno, no puedo estudiar. Es lo que más me jode de la falta de medios. Pero yo pensé: Nadie me puede impedir escribir, contar lo que siento, describir lo que veo. A lo mejor los maestros sí sabían que tengo un buen futuro. Como me decía

la señorita Adela en cuarto grado: Giménez, no llores por la leche derramada. Y eso me lo repetía cada vez que me daba una flor de bofetada.

## II. Alfredo

**Flor de bofetada** iba a recibir aquella mañana. El colectivo 159 me dejó en el Correo Central. Me acuerdo que era una mañana nublada y fresca. Fui subiendo por Sarmiento pensando en el cambio de auto y de pronto me encontré en la puerta del yugo. Ese día me había levantado con un pliegue en la boca del estómago. Me sentía intranquilo y no sabía la causa.

A Katy, mi mujer, no le comenté nada. ¿Para qué intranquilizarla? Además, la Polaca es medio obsesiva con sus profecías, los astros, los signos, el horóscopo y todas esas macanas. Pero la arruga seguía allí, sin moverse.

Entré, y Osvaldo, el jefe de cajeros, me llamó aparte y me dijo, sin darme tiempo a quitarme el saco: Estás en la lista del reajuste presupuestario. Vos quedaste afuera. Fue un mazazo. En segundos me cambió la vida. Aunque no me afligí. Mañana voy a buscar empleo, pensé, un tipo de mis condiciones, cajero principal de Cambios Río de la Plata, diez años de antigüedad, experto en computación.

La caída del catre fue rápida y fulminante. Empecé a escribir cartas *–curriculum–*, anduve por todo el centro, probé en Avellaneda, me fui a La Plata. Inútil. El nivel de vida se fue a pique. Tuve que vender el auto, el terreno en Mar de Ajó: Aprendí a correr la coneja.

Corretajes, suplencias de porterías, todo para juntar unos mangos y poder comer, pagar los impuestos y la luz. El teléfono lo hice cortar porque no puedo mantenerlo. En nuestra calle hay otras cinco familias en la misma situación. Don Cosme es el que está peor, pobre viejo. Es un hombre mayor, la mujer enferma y sin familia. Era ordenanza del

Banco Patricios. Que le vaya a reclamar a magoya. ¡¡Esos turros estafadores!

No sé cuál va a ser nuestro futuro. Veo a los chicos y se me parte el alma. Cuántos planes que había hecho para ellos. La nena todavía no captó del todo la situación en que estamos. A veces me pregunta: ¿Por qué no vienen nuestros primos, como antes? ¿Qué pasa? ¿Están enojados? No tengo ganas de volcar el veneno que tengo encima.

Me aflige verlo al Federico, un pibe tan capaz, dando vueltas como una perinola. Lo que más me duele es que no pueda seguir estudiando. Fui a la escuela de Avellaneda, hablé con el rector, le expliqué nuestro problema, rogué, pero todo inútil. Sin pagar matrícula, cooperativa, excursión y todo lo demás, ni te miran. Pero el Fede me dice que está bien, que no me preocupe. Se pasa las horas leyendo, escribiendo y paseando por los alrededores, hablando con la gente. Quizá él es el más cuerdo en estos momentos. No lo escucho quejarse aunque comprendo que la situación no le resbala. Tal vez tenga una fortaleza interior que lo mantiene más sereno. Incluso parece optimista.

La que está peor es la Polaca. No estaba preparada para afrontar esta vida de privaciones. Y no es ningún consuelo saber que hay millares de familias que están pasando una mishiadura de la san puta. Ella se toma todo a pecho. Se deja estar, se angustia. Parece una mujer de principios de siglo. Con ese rodete —cuando se peina—, vestida de negro, como si estuviera en duelo por la muerte de algún familiar. La gente que vivió toda su vida en la pobreza se arregla mejor, pienso yo. Sobrevive sin estar apenada. Pero nosotros somos distintos; es como si por subir los escalones muy rápido hubiésemos rodado desde un tercer piso sin percatarnos de que nos caíamos.

Hace ya más de cuatro años que se nos dio vuelta la taba, como dice el paisano. Sin embargo, siempre se aprende algo nuevo. La familia, que sabía venir a morfar el asadito en el

fondo de mi casa –no les molestaba venir a Sarandí, a Dock Sur–, se hizo humo. Sólo mi vieja sigue firme, y la familia de Katy. El resto se puede ir al grandísimo carajo. Y uno se arregla con lo que tiene.

Ahora hay elecciones. Ya vinieron a tocarme de todos los partidos. Los saqué carpiendo, manga de vagos y recitadores. Los políticos, como siempre, se acuerdan de la gente cuando hay que votar. Yo le daba mi voto al que me parecía menos malo. Ahora se acabó. No voto por ningún mal menor, esos parásitos charlatanes. Que vayan a votar los giles. Por lo menos, la familia está unida. La que me preocupa es la Polaca. Pero algún día vamos a salir de esto. Es una esperanza: Como un sueño rosado.

### III. Katy

**Como un sueño** rosado me parecía la vida. Desde que lo conocí, Alfredo se preocupa por mí. Cuando me llama Polaca, Polaquita, me derrito toda. Todavía hoy, cuando entro en picada, la voz de Alfredo me parece un arrullo. O cuando me pone sus dedos cálidos y dulzones, como untados en miel, sobre las mejillas.

Antes cocinaba, lavaba, me ocupaba de todos los trámites, del orden, la limpieza, los pagos, y todavía me quedaba tiempo para leer, escuchar los viejos tangos, que son mi pasión, organizar las excursiones de la familia. Hasta que Alfredo se quedó en la calle.

Ahora estoy hecha pelota. La vida se me vino en banda, me comporto como una histérica, me he abandonado. Estoy desubicada y siento que no hay lugar para mí en esta casa.

Aunque tengo una familia que vale oro. Si no fuera por ellos mi vida sería una basura, y yo un trapo sucio y roto. ¡¡Cuánto que me tienen que aguantar! Pese a todo, me hice una experta en matemáticas. Tuve que aprender a vivir con lo justo, repartir lo que hay, ir a la feria y agachar el lomo, recoger las sobras que tiran al suelo. Algunos feriantes te

regalan papas, tomates blandos, naranjas, algunas verduras pasaditas.

Ahora, por suerte, Alfredo changuea de vez en cuando. Se rompe todo para que podamos sobrevivir y afrontar esta situación. Hay vecinos que poseen un corazón de oro y nos tienen consideración; incluso gente con la que nunca cambié más de dos palabras, como los Arancibia. En estos cuatro años me hice una experta en comparar precios, patear cuadras y cuadras buscando ofertas, rebajas.

Pero lo que más me duele es no poder brindarle a mis hijos cosas elementales. A Federico, un chico tan bueno, capaz y sensible, hubiese querido costearle el estudio secundario que tanto deseaba. A veces se levanta a la madrugada y ayuda al canillita a hacer el reparto por unas monedas. Lee libros prestados porque no puede comprárselos. Y ni una queja, ningún reproche, ninguna exigencia. ¿Y Verónica? Esta nena tan sencilla parece no tener conciencia de lo que nos está pasando. Tampoco ella pide cosas ni tiene envidia por la ropa de las compañeritas. Es raro. ¿Es demasiado buena? ¿Es ingenua? No sé.

Este país no tiene compostura. Me siento rota, sin ganas de vivir, porque veo el horizonte cada vez más lejano. Es como no tener mañana, vivir sólo el presente. Es muy triste ignorar si al día siguiente nos vamos a levantar, si el sol nos va a entibiar los huesos, si vamos a tener un almuerzo decente y nutritivo.

Lo único que hoy tengo es mi familia. Pero no sé si ellos me tienen a mí. Creo que les fallo. A veces pienso, ¿qué va a ser de vos, Polaca? Ya estoy llorando como una pavota.

#### **IV. Verónica**

**Estoy llorando** como una pavota. Es que mis padres creen que soy una taradita. Que porque tengo doce años no me avivo que estamos pasando una mala época. Que no tenemos plata. Que apenas si nos alcanza para comer. ¿No

se dan cuenta de que yo no les pido nada? Ni zapatillas, ni medias, ni jeans, ni blusas.

Pobres. Creo que soy injusta. Es posible que también ellos se hagan los tontos. A veces la veo a mi mamá –la Polaca le dice mi papá– que me mira de reojo y se echa a lagrimear. Yo me doy vuelta o salgo al patio. Para no contagiarme, para no hacerla sentir tan mal, como si fuese culpable de algo.

Mamá me consigue los útiles, incluso me trajo un guardapolvo que sé que es usado, pero a mí no me importa. No soy una princesa. En la escuela hay chicas que están peor que yo. El hambre se les ve en la cara y sé que la están pasando muy mal. Peor que nosotros. Yo en casa no hablo, me hago la estúpida. No me olvidé que teníamos auto, que íbamos a pasear, que visitábamos a los tíos y yo jugaba con mis primas y primos y ellos venían a las fiestas que hacíamos en casa. ¿Qué es lo que piensan?

Papá ha cambiado mucho. Parece un viejo, de tan flaco y arrugado. ¿Y mi mamá? A veces me dan ganas de decirles: Che, viejos, ¿qué les pasa? Estoy enterada de que vivimos en la mierda, y bueno, qué le vamos a hacer. Por lo menos no estamos enfermos. Y pasamos necesidades pero estamos juntos. ¿No es un consuelo, viejos? Es como una tormenta que barre con todo. Después pasa y lo que queda en pie sigue viviendo. Ya pasará, viejos, ya pasará. Pero me da vergüenza, no sé por qué. A lo mejor si les digo eso se llevan un desencanto; porque para ellos debo ser la bebita, la más chica, a la que tienen que proteger.

Y lo mismo Federico. Siempre me mira con lástima, amparándome. Y a mí me fastidia que me consideren una boba, una verdadera infeliz, una pobrecita. Me revienta. Sí, creo que hoy a la noche –igual la televisión no anda, y este Federico siempre dándole golpes–. Sí, hoy les voy a decir que bueno, que yo soy grande y que sé que andamos mal y que ellos no tienen la culpa.

Extraño mucho a mis amigas, a Doris y la Fabiana. Pero es cierto lo que me dice la Polaca, son chicas criadas en cuna de oro. Y desde que papá perdió el empleo se hicieron ver poco, cada vez menos. Ya no me invitan al cine, ni a sus casas, ni a los cumpleaños. ¿Quién las precisa. ¿Eh? ¿Quién?

No lagrimiés, Vero, no valen tus lágrimas, me digo. Y ahora me río. ¿Estaré mal de la cabeza? Tiene razón papá. Vos valés si tenés. Bueno, me voy a hacer los deberes porque ya se viene la oscuridad de la noche.

## **V. La familia Giménez**

**La oscuridad** de la noche va cubriendo el atardecer. En la lejanía, un arco rojizo se recuesta sobre la promisoría línea del horizonte. Casas y árboles, gente y bultos se van destacando como umbríos perfiles de materia sólida. Las calles de Sarandí, con el tufo de las aguas estancadas, se solazan con ese silencio de medianoche. La gente, mientras tanto, se recoge en la intimidad de la jornada que se va extinguiendo.

En algunas ventanas parpadean los resplandores de las pantallas de televisión, que proyectan imágenes de peripecias fastuosas, de ficciones estereotipadas. Federico retoma la rutina, golpeando sin piedad los costados del aparato. Los Giménez han arrancado la hoja del almanaque de otro día que se fue. Verónica les confesó a los padres que ella conoce muy bien los problemas de la casa. Y no quiere que la compadezcan. Que prefiere verlos felices, les dijo, comiendo una rebanada de pan y una taza de caldo.

Federico llevó unos cuentos a una revista barrial de Avellaneda, y se encontró con que el editor fue su maestro de quinto grado. El primero que le dijo: Tenés imaginación y sensibilidad, Giménez. No seas vago, boludo. Escribí todo lo que te venga al bocho.

La Polaca les contó que la señora Arancibia, que trabaja de peluquera en su casa, se ofreció a arreglarle el pelo y peinarla sin cobrarle un centavo: Como buenas vecinas, ¿vio? Y le propuso, además, que fuera por las mañanas a limpiar el saloncito lleno de pelo cortado y ceniceros, ordenar las toallitas del nuevo día y llevarse las usadas para lavar. No le puedo pagar como un trabajo –le advirtió–, pero todo lo que me dejen de propina será para usted, ¿sabe?

Alfredo, el ex cajero de Cambios Río de la Plata, trabaja con un sifonero haciendo el reparto a domicilio, y por las tardes vende café por los negocios de la avenida Mitre.

Federico no pudo encender el aparato. Pero en un arranque se le ocurrió decir: ¿Saben una cosa? Hacía mucho tiempo que no pasábamos una velada sin llorar, sin quejarnos, sin tenernos lástima. Quizás aprendimos a vivir en la pobreza; y descubrimos que hay que saber ver los lados más gratos de la mierda. Hay personas que dan, que ven lo que ocurre con sus vecinos, gente de buenos sentimientos, solidaria. Bueno, chau, me voy al cuartito a leer una novela de Soriano y a escuchar a Spinetta y Fito Páez.

Un perro solitario aturde el silencio del barrio mientras algunas estrellas paseanderas abandonan la manada y titilan pegadas a la luna. El telón de la noche desciende sobre la barriada. El Docke se arrebujaba en los sueños de su gente. Mañana hay que madrugar •

*\*Este relato fue escrito cuando en la Argentina esquilmada ya no había esperanza, pero aún existía el rebusque (A. A.)*

# El Turquito Baltasar

**Albures del** destino, casualidades de la historia, maquinaciones del Zodíaco. La noche en que moría el viejo Juan Domingo, el primero de julio de 1974, nacía, triunfal y vociferante, Juan Domingo Baltasar Abdala con cuatro kilitos, pelambre enroscada y morocha, piel tono yerba mate. La madre de Baltasar era boliviana. Y el padre, hijo de sirios tenderos chupadores de mate y caña, la llamaba, con simulacro de cariño, coya rafañosa.

El Juan Domingo se fue quedando en el camino, y ya desde pequeño lo conocían como Baltasar, el Turquito. Lindo nombre para verdulero o mafioso, ¿no? Y apropiado, como se comprobó luego, para la época tenebrosa que se abría en el país.

A los seis años ya exhibía sus garfios premonitorios en las calles de Balvanera y San Cristóbal.. Rápido para las piñas, el petit turco no dejó pibe de la barriada sin expropiarle las chirolas, los juguetes, la bici, las golosinas. Y además romperles los dientes.

Un día, la madre lo fue a buscar a la escuela, Baltasar la vio y disparó para el lado contrario. Ya en la pieza-letrina donde vivían, tendido en la pringosa otomana digna de un príncipe rufián, al ver llegar a la madre le advirtió: ¡No te aparezcas nunca más por la escuela o te rompo la jeta de un palazo! Seis años, y la procacidad desdentada en su máximo esplendor.

La escuela lo aburría y frustraba. Y la mañana aquella, en que por haberle pegado a un compañero la señorita Ruiz lo puso en el rincón, al volver al aula luego del recreo encontraron un largo y pestilente reguero de orín. La maestra lo mandó a la dirección, y el Turquito se mandó a mudar. Para siempre.

La calle terminó por confiscarle la personalidad y modelarlo para una vida inquieta, preñada de aventuras y retos. Horas y horas vagabundeaba el Turquito por los alrededores del Once, prendido en pequeñas chorrerías junto a otras lumbreras del achaque pedestre y oportunista. En la octava ya lo tenían fichado como mano larga y *sprinter* de primera. El turco padre estaba arreglado con un oficialito amante de la cometa liviana, quien le abría la jaulita y el angelito volaba. No al cielo, precisamente.

Al llegar a la edad púber, el Turquito Baltasar encontró una ocupación marginal no exenta de riesgos: apretar en zaguanes tenebrosos del Once a las pobres minas que ejercían una noble y veterana profesión, birlándoles parte de las entradas. No siempre con final exitoso, pues las más cancheras lo biababan a carterazos. Lo que rastrillaba de las carteritas le alcanzaba para los fasos, el café con leche y tres medialunas de grasa con las que iniciaba la mañana, y otros vicios semejantes incluida la entrada al cine y otras joditas menos cándidas.

Todo marchaba como sobre un riel aceitado. Pero una noche algo ventosa, en un oscuro paraje de la calle Catamarca lo frenó, inculto y descortés, un tipo bajito y morrudo, pinta de orangután, con traje de sarga y olor a loción baratieri, quien lo agarró de la chomba, lo alzó como una bolsa de viruta, le pegó un mamporro en la napia y, sin bajarlo, le dio un gancho en la oreja que lo dejó sordelli.

—La próxima vez que le chaqués guita a las chicas —le profetizó el mono mientras lo sacudía— te hago un barbijo que ni tu vieja te va a reconocer. ¿Me entendiste, guacho?

Aunque era pibe, y la biaba fue seria, el turquito no soltó una lágrima, pero asintió con el morro. En la lona, pero no *nockaut*, se consoló. El tipo lo dejó caer, refregó sus manos en el pantalón, se dio media vuelta y enfiló para Rivadavia no sin advertirle que la próxima lo estrangularía: Como a una gallina bataraza, che hijo e'puta.

Cuando cumplió los quince, otro Turco fue elegido presidente de la nación. Papá Abdala, fiel a sus orígenes, se incorporó a la unidad básica del barrio y entró en la política como matón de un puntero de Balvanera.

El Turquito hijo, a su vez, se fue transformando en el Turco Baltasar (lindo nombre para verdulero o mafioso, ¿no?). Era buen mozo y vivía apoltronado y protegido en bulines de hetairas de pedigrí. Aunque ganas no le faltaban, no se atrevía a irlas de cafishio. Tenía frescas las piñas que le abasteció, alevoso, el orangután trajeado de la calle Catamarca.

Mientras hacía mandados para los lacayos del Patilludo cajetilla de la Rosada, el Turquito pipiolo ampliaba sus faenas. Se arrió a los prestamistas de guita gris, esmerándose en cobros de insolventes, apretes telefónicos e intimidación a las familias de los deudores.

El destino lo invocaba con sus cantos de sirena: el Turco estaba predestinado para el laburo fácil y la ganancia rápida. Era la época de buenos fatos, plata azucarada, encumbramiento de hampones a los altos destinos de la patria del régimen turquesa.

El Baltasar ese ya cargaba un espléndido prontuario en la Federal. Lesiones leves y graves, intento de violación a una vecina, estupro a la sobrina de la madre, portación de armas y robo de automotor más falsificación de documentos. Los mayordomos de la mafia Rosada le advirtieron: Cuidate, Turquito, no te metás en jodas grandes porque no te las bancamos.

Nueve meses en Devoto completaron el aprendizaje. No más violencia ni riesgos estúpidos, resolvió en un arranque de pecador arrepentido que quiere ascender en la escala del delito. Sólo enganches fáciles y rápidos, se dijo esbozando una sonrisa estúpida.

Empezó a colaborar con un viejo canalla de aspecto respetable, el doctor, que entraba y salía de la Rosada cuando se le cantaba. Desplegó, entonces, su virtuosa tarea de *merchant*: sobrecitos y pastillas, pildoritas multicolores, cosas livianitas. Y viento, mucho viento.

El turcacho empilchaba de primera; y cada vez que se complicaba, una llamada telefónica desde arriba arreglaba el asuntito. O un abogado de traje cruzado y chaleco resguardando el abdomen bien alimentado, cigarro cubano entre los dientes postizos y reloj de oro en la manito regordeta, cambiaba unas frases con el juez de instrucción, chasqueaba los deditos y, ¡¡segundos afuera!

Una noche rastrera Abdala padre fajó a la mujer abandonándola en el tugurio. Alquiló un departamentito en la calle Jujuy esquina Belgrano. Allí vivieron juntos y dichosos Papá Abdala y el Turco Baltasar. Cada uno en su negocio. Autos nuevos, billetes con la efigie de San Martín, y prolijos paquetes de papel verde made in USA.

El Turco cavilaba, sudaba, meditaba, envidiaba. La codicia lo estragaba con perversa puntualidad. Él, que era tan piola, rápido y pertinaz, ¿por qué debía ser un asalariado, un sirviente, el criado del doctor? preguntábase compungido y envidioso.

Una mañana de agosto, luego de pasar la noche desvelado, tomó la gran decisión de su turca vida: iba a trabajar como autónomo sin tener que dar cuenta de sus pasos. Había llegado el momento de progresar. Comenzó por distraer sobres de falopa de primera que mezclaba con talco y los vendía por su cuenta. El Turco corría de día, hacía negocios fulgurantes, y los billetes se aglomeraban en los bolsillos del *twed* ojo de perdiz que guardaba sus espaldas de Charles Atlas. Acabó por engrupirse: se sentía el Padrino, Lucky Luciano, Yabrán.

El doctor recibió el aviso de la sucursal del correo y lo mandó a buscar un paquete. El Turquito se apropió de la encomienda, chupándosela él solito. Ganó la plata loca. La encomienda no llegó, le adujo al doctor: burdo, grosero, pendejo. El viejo lo trompeó de bronca, y, mala pata, esto sucedió cuando el Turco grande perdía las elecciones. La conexión turco-siria se desmoronó y al Turco chico le pidieron la doble captura: la cana y los narcos.

Lo fue a buscar la Federal pero desapareció a tiempo. Andaba sin afeitar; las pilas de todos los timbres que apretaba estaban secas; los amigos, que se cotizaron en las buenas, en la mala lo largaron duro. Y el vento volaba como las hojas del calendario, mientras juraba y rejuraba que él no tenía nada que ver con la mejicaneada a la turca.

Al tiempo, el doctor le mandó decir que si le hacía una gran gauchada lo perdonaría y cerraban cuentas. Y todo conmovido, le dio un dato de oro: El Patilla vuelve, Turco. Como Perón. Te necesito, Turquito. Lo citó en Garay y General Urquiza a la medianoche, sobre la ochava, en diagonal al bar. Quiso crearle.

El Turco Baltasar regresó a su bulín. Se afeitó, sumergió su corpachón hediondo en la bañera impregnada de sales aromáticas, se empilchó con una camisa verde botella, estrenó los timbos nuevos y se perfumó con una loción Aroma del Riachuelo. Llamó por teléfono a Nancy y le dijo que esa noche iría a visitarla, que estuviese preparada para la gran joda.

Llegó a la medianoche en punto. Tomó de un saque dos ginebras con hielo en el bar de la esquina. El calor de febrero lo hizo transpirar y tenía la sensación de que sus testículos se fritaban dentro de una sartén con aceite hirviendo. Esperaba al doctor escudriñando Garay hacia el lado que subía desde el río.

Un auto negro azabache venía por General Urquiza cruzando displicente la avenida. El forense anotó diez y siete

orificios de bala dentro de ese corpachón tirado en la ochava, de pelambre enroscada y piel tono yerba mate,.

Un cartel medio ojeroso con la efigie sonriente del Patilla y la consigna: Menem 2003, fue la última imagen terrenal que captaron los ojos abiertos e inmóviles de Baltasar antes de ascender al pódium celestial. Y así terminó sus días, solo y agujereado, el Turquito de esta crónica. Albuces del destino, casualidades de la historia, maquinaciones del Zodíaco •

# Luciano Peralta

**Una tarde infernal** de diciembre conocí a Luciano Peralta en la plaza Irlanda. Tumbado de espaldas sobre el césped, dormía plácidamente la siesta mientras el calor se esparcía sobre la tierra como un gas inodoro y pesado. Los ronquidos del hombre barbudo parecían jadeos póstumos de tractor viejo y oxidado. De pronto, izó su corpachón desde la hierba aplastada y se sentó en un extremo del banco de la plaza. Como una réplica de aquellos gauchos barbudos bocetados en las páginas del Billiken. Yo estaba sentado en el mismo banco. Se me cerraban los párpados, plegados por el calor que abrasaba la ciudad. Entonces me habló, con una voz ronca y pausada. Nos pusimos a charlar y me contó parte de su historia, anécdotas que le dan ese color peculiar a la Argentina del siglo XXI.

Viste un pantalón de loneta, jirones de un pasado mejor, la musculosa incolora y esas zapatillas que ruegan con urgencia dormir su sueño eterno en algún basural. Una gorra negra le cubre la cabeza. El cabello enrulado se le descuelga dejando al descubierto parte de la frente, el bigote bifurcado en la barba oscura, la nariz vigorosa, los labios arrugados como ciruelas viejas, y el reflejo de sus ojos baqueteados en las miserias de la urbe.

Así es Luciano Peralta, con esa inquina retobada que le supura desde adentro. Como una maldición contenida; o un juramento iracundo que debe consumir. Lo imagino mientras camina bordeando los recuerdos. Su presente es un jeroglífico burlón.

Una palabrita bailotea en su mente, me cuenta, como esas lucecitas misteriosas que parpadean en los complicados tableros de la era cibernética. Una palabrita que no suena

mal, que podría ser el prelude de un bolero antiguo y agradable. Una palabrita que lo voltea con rabia sobre un universo adoquinado y áspero: Desocupado // desocupado // desocupado //. Un universo que desconoce la misericordia, que convierte a los hombres en una masa resignada, un objeto sin valor y sin aspiraciones, despojado de la ilusión, el amor, el placer, la dicha. Como una cosa superflua que fastidia. Una criatura virtual, un guiñapo clonado de otros millones de marginados de la tierra.

Luciano Peralta recupera en su relato las horas felices de lo que fue su hogar, la calidez de la compañera, el cuidado del diminuto jardín. Simplezas de la vida que tanto ama, avasalladas hoy por esa técnica sofisticada que acorralla a la criatura humana en el ángulo agudo de la nada y el vacío.

Hace exactamente cinco años –rememora–, Telefónica de Argentina le informó que prescindía de sus servicios. Un solo color remontó vuelo: el gris arratonado de una existencia infame. Claudia, mi mujer, confiesa, se fue a vivir con la madre a un barrio extraviado de Morón. Dolido, Luciano me narra un sueño que fue real y se repite a menudo, asegura:

El sueño me devuelve a Claudia por algunos segundos. Ella está de pie secándose las lágrimas, moviendo la cabeza. Yo intento acariciarla pero ella se aleja. Mis manos tiritan y abrazan al vacío: «Pero no puedo obligarte a compartir mishiadura –le grito desesperado–. Justamente porque te quiero mucho. ¡Andáte, Claudia, hacéme caso, no te jodas la vida, ¡hacéme caso, ¡por lo que más quieras! Yo me voy a arreglar.¡¡¡¡Andáte!»». Ella se va desvaneciendo mientras yo percibo ese nudo que me oprime, que comienza a estrangularme la voz y la memoria. Cruelmente, como una imprecación que se burla de mi infortunio.

Su respiración asemeja un bandoneón ajetreado por los años. Lágrimas solitarias humedecen su barba. Luciano es

una excrecencia fastidiosa del Buenos Aires uno por uno, un primer plano ácido, el contraluz que resalta contra el fondo arrogante de la ciudad urbanizada en la que asoman esas torres, desplantes de arquitectura petulante y desfachatada; modelos acicalados de la pulcritud y el despilfarro en que el edificio es todo y el hombre nada. Luciano posee un temple especial. Es como un naúfrago que se hunde en una ciénaga y siempre se recobra. No confía en los milagros. Pero a veces sueña sólo con uno: el suyo. No desea perder su calidad humana. En la jungla ciudadana de este siglo XXI, él y muchos otros no se rompen ni se doblan.

Le pregunto cómo se arregla para sobrevivir. Puchereo cantando en clubes humildes de barrios orillados. Paso la gorra, ¿viste?

—Una noche, en Berisso —me cuenta excitado—, un grupo de gente sin trabajo comenzó a pedirme: Peralta, dejáte de joder con esos boleros, cantá Pan, Cambalache, Que Sapa Señor, ¡los tangos de Discepolín. Comprendí el mensaje y la exigencia. Esas letras le recuerdan a los pobres que la indiferencia del mundo que es sordo y es mudo ya existían en este país setenta años atrás, ¿sabés?

—Es cierto —le digo.

—La gente está harta de verso —prosigue—. No quieren miel: necesitan ácido, bronca, sacudirse la poltrona. ¿Comprendés cómo está la cosa, hermano?

Escuchándolo, se me ocurre que la saga discepoliana es el rebrote, el rescate de una cultura dopada entre la basura de los años duros y perdidos. Sus anécdotas son como una acuarela agrídulce de los tiempos que corren.

Termina su relato y se queda callado. Su silencio es una mezcla de tristeza y bronca. De pronto se levanta diciéndome:

—Tengo que irme, amigo. Esta noche canto mis cosas en un modesto club de barrio. Chau..

—Adiós, y suerte —le digo. Enfunda la guitarra, carga el bolso y prosigue su camino.

Lo imagino en la estación Caballito. Subiendo al tren y apeándose en Morón, viajando en el colectivo que lo deja cerca de la casa de la suegra. Allí se encontrará con Claudia, tomarán mate conversando sobre el pasado, verterán algunas lágrimas, se darán un beso triste y luego la despedida.

Estará yéndose ahora por esas callecitas de barrio pobre. El aire caliente lo abrumará; la gente se irá despabilando lentamente, sudados en esa siesta húmeda y pegajosa. Me gusta ver a los perros echados panza arriba –me aseguró– y a los gatos fiacunes desperezándose a disgusto, mientras las moscas planean y se posan provocativamente en sus narices y orejas..

Luciano y su guitarra estarán evaneciéndose ahora en la tarde de fuego, mientras la canícula se desploma sobre la gente que malvive en las viviendas de Morón.

Pasaron algunos días desde que lo conocí en la plaza Irlanda. El 19 de diciembre la profecía de Luciano ascendió un peldaño. Curioso, sonriente, armado con su guitarra, acompañaba el estruendo de cacerolas y la furia de la gente.

En la madrugada del 21 Luciano Peralta amaneció en la Diagonal Norte y Carlos Pellegrini. Parecía dormir. La brisa fresca de la madrugada le acariciaba el cabello.

Qué frío que tengo... ¿dónde estará la gente que corría conmigo? no veo a nadie, qué frío que tengo, Claudia, todo está tan brumoso a mi alrededor, qué frío, puta madre, qué frío que tengo...

Un proyectil de itaka había acabado con sus sueños •

## Qué gente más sucia, ¿no?

**Mañana plena de sol.** Es la hora taciturna de la fiaca dominical. Los laberintos de la villa, sumidos aún en sombras promiscuas, ceden espacios a los brotados reflejos del febo tornasolado y remolón. Los restos del frío de la noche sucumben.

El auto se desliza a la vera de la villa y la mina joven hace caritas y mohínes de disgusto mientras engulle con avidez de cortesana las papitas crocantes cuyas migajas le adornan el regazo, muslos descubiertos debajo de una mini imaginaria.

Los villeros se asoman y parpadean ante la fiereza de los rayos solares. Ella, entretenida y curiosa, los contempla con cierto gesto de aversión y algo de temor en su cara de muñequita de zarzuela. Como si se tratara de animales selváticos, chimpancés y orangutanes que pasean por los jardines del zoológico. ¡Sí! Son los primates antropoides, bípedos incorregibles que resaltan la fealdad del planeta de la bella Helena y apabullan la tersa y aseada aldea global en la que pasea su plácida frivolidad.

–Pero qué gente más sucia, qué bichos repelentes y feos, ¿no te parece? –relincha su vocecita de avenida Libertador.

El novio, Hernán, la escucha impávido mientras conduce el auto japonés rodeando la arquitectura perdularia del barrio de emergencia, sinónimo elegante y sociológico, taparrabos de la desesperanza y la marginación del enclave villero.

Su antigua bronca se abroquela en una mudez sospechosa y bonachona. Escucha a la mina y contiene el estallido en los bordes filosos de tantos recuerdos amargos.

Niñez de fango y marginación. Le duele recordarlos: es como una mezcla de dolor por lo que la villa fue para él, y una extraña cólera enfilada a los que se quedaron.

–A veces me parece que vivís prisionera en una burbuja de aire insípido, Helenita –le dice.

–No sé por qué me decís eso, Hernán. ¿Vos sería capaz de aguantar una vida tan mugrienta, andar harapiento? Y convivir con esa gentuza fascinerosa, bolivianos, peruanos. ¿Eh? No me contestás.

–Dale, terminá la lista: tucumanos y santiagueños, chilenos y paraguayos como yo. Dale, decílo de una vez.

–No te enojés, vos sos distinto, ¿sabés mi Pichito?

Ella arruga la ñatita, como quien cierra abruptamente el fuelle del bandoneón. El cric crac de las fritas y las sobras trituradas que desenvaina la pequeña boca de Helenita estallan como granizo sobre los muslos salpicados de diminutos puntos color canela.

Él no le contesta. Está buscando un pasaje ubicado en dirección contraria a la villa. A pocos metros hay un grupo de muchachos villeros pateando una pelota sin aire. Caras redondas de ojos oblicuos y pelos de puerco espín. Detiene el auto, baja y les pregunta si conocen la cortada. Le indican cómo llegar. Uno de los pibes, ya mayor, le dice:

–A vo io te conozco. ¿No te llamás Hernán Asencio vo?

–Me confundiste, pibe. Vos no me podés conocer, no soy de acá.

El pibe se queda silencioso: Qué no va a ser vo, piensa meneando la cabeza con una mueca zorruna. Hernán se siente amortajado por el temor y el remordimiento y regresa al auto apurando el paso.

–Te atreviste a parar y hablarles: estás loco, Hernán, no sabés el susto que me pegué.

–Decime una cosa, Helena, ¿tenés idea de cómo viven estos chicos? Son personas, qué joder, ¿entendés?

–No sé de qué me estás hablando, Pichito. Pero me dan mucho miedo. Deben vivir robando y matando.

–Estás muy equivocada, nena. Hay más criminales y ladrones fuera de las villas –le gritó fuera de sí. Vivir en las villas no los convierte en malvivientes. Yo te puedo dar una conferencia académica, porque yo soy paraguayo, ¿te acordás? Y mis padres vivieron y me criaron en una villa. No me olvido que tu papaíto tantas veces te preguntó en voz baja sobre mi origen. Y vos farfullándole, ruborizada y a la defensiva, que me conociste en la facultad, que yo era un paraguayo culto.¡¡Pero fui villero, un villero que tuvo más suerte que muchos otros. Y acabála con esa ristra de pavadas de niña bien.

Algunos hombres –el pantalón ajustado con piolín – merodean por los angostos laberintos chupando el mate con fruición. Los ojos achinados dejan ver lagañas de siglos. Los pibes patean una lata destripada mientras los mocos se voltean sobre las tricotas sucias. Las mujeres, mientras tanto, van con los baldes a cargar la ración de agua en ese canillón enflaquecido del cual gotea, incesante, un líquido medio verde y herrumbrado.

El humo de las primeras parrillas se eleva, casi majestuoso, y los olores sensuales de la choricada causan estragos entre los más necesitados. El hedor de las aguas estancas se relega postrado ante la vida que retoma la faena cotidiana. Hernán se siente un apóstata, un ruin. Pone en marcha el auto con rabia, mientras recobra antiguos recuerdos que creyó sepultos en el panteón de una vieja época.

Reinicia la marcha. El sol cubre las corcovadas techumbres de la villa en tanto el lugar, agreste y desventrado, se esfuma en la distancia. El hombre maneja en silencio mientras su rostro es una mezcla de dulzura y resquemor. Deja atrás la avenida que separa los dos planetas y se interna en la urbe civilizada. Y allí quedan la vida promiscua, la desazón de un mañana impredecible y las remembranzas del antiguo villero..

–Nunca me dijiste una palabra sobre tu origen –murmura Helena con voz anañada.

–Tampoco preguntaste. Yo no veo motivo para gritarlo a los cuatro vientos. Te aseguro que al ver a esos chicos me ví como uno más. Así fue mi infancia, ¿lo entendés ahora? Me crié en esos basurales húmedos. Ahí tuve los primeros amigos; y la policía entrando a caballo a rebencazo limpio. ¿O vos te creés que nos dejaban en paz? Casi todas las madrugadas nos arrancaban del sueño a patadas tirándonos las cosas afuera y rompiendo los pocos muebles que teníamos, robándonos los escasos bienes que nos pertenecían

–Te juro que no sabía nada, Hernán.

–Esto y muchas cosas más no sabés. Y tu querida familia es gente que anda con la nariz apuntando al techo. Pensé que eras distinta, más sensible y considerada: ya ves.

A la mina le resbalan unas lentas y módicas lágrimas infantiles sobre las mejillas, todas palidez y sorpresa. Como si un par de segundos antes hubiese enviudado.

A Hernán le cuesta implicarse en el flamante universo que le han diagramado los futuros suegros. Es que yo me rompí el culo, se justifica pensando en los villeros. Que hagan lo mismo que hice yo, ¡¡qué joder! Aunque no está convencido. Siente remordimientos. Incluso le vienen ganas de tirarse un lagrimón. Pero asume, aún contrito, cuán cómoda es la vida sin paredes de latas, sin pasillos lúgubres, sin miserias retratadas en las caras y sin estómagos hinchados de pan.

El auto llega a destino. Los amigos están esperando en la puerta. En el cercano entorno fulguran el jardín y los frutales restallados de verdes y flores, los vasos con aperitivos. Los problemas de la miseria cotidiana se sepultan entre las risas vocingleras y estúpidas. Helena se está recuperando. La pesadilla del barrio de emergencia se desvanece entre los vahos dulzones de los cócteles, el relato

de la gran aventura y la temeridad de Hernán, la charla ramplona, y las cabecitas vacías contorsionándose con la música de cumbia.

No debí tomar por esa avenida, piensa Hernán mientras prepara el fuego. Aunque es un flojo, un sentimental enfangado en fantasías de pecado y culpa: Es este humo de la parrilla que me irrita los ojos, le pretexta a los amigotes •

## ¡Mové la cola!

**La pelambre** sobre la cabeza redonda parecía un cepillo invertido. Un flequillo atroz le cubría los ojos achinados. Y el moco, colgando de la napia, era como un pendiente verde jade. Sin vueltas de hoja: un *bolita*, un boliviano contrabandeado en el vientre de la madre. Con un hambre que lo tenía tumbado sobre el camastro de la prefabricada.

Salió silenciosamente para que el padrastro litro e'vino no se avivara. Hizo la recorrida entre los tachos de basura: pan duro por aquí, pan duro por allá.

Buscaba en el suelo; tal vez una moneda extraviada, o un billete caído. No hay guita, qué malaria, pensó. El estómago vacío jugaba al yo yo.

Andaba por las calles revoleando ojos hambrientos. Del otro lado de la ventana contempló el café con leche y la medialuna. Y el gordo, empapándose los bigotes rojicientos con el café. Y las migas voladoras que se prendían al chaleco amarillo rabioso. Parecía una foto de concurso.

Ni calor ni frío. Hambre. solamente el hambre que lo atontaba. El bolita se detuvo. Los ojos parpadeaban al compás de los dientes trituradores del pelirrojo. El tipo lo miró sacándole una lengua pendenciera. Alma de dios.

Siguió su camino. La verdulería era una tentación. No había clientas, y el delantal sucio y panzón sentado en la puerta sobre una silla escuálida. No tenía ganas de correr. Ni fuerzas.

Cruzó la avenida. Era el umbral que separaba el hambre de la opulencia. Los chalecitos con aleros de tejas rojas fulgentes y algunos con chimeneas infatuadas apuntando al cielo. Y más al fondo los quinchos para el asado. Se le revolcó la bronca. Aspiró; bien hondo. Y aspirando entornaba los ojos,

transportado vaya a saber a qué clase de desvarío pantagruélico.

Pero él tenía hambre; simplemente hambre. Un pedazo de pan fresco untado con algo, con barro. O mierda, ¡¡qué joder!

Se iba internando por calles prolijas donde se veían alineados, más prolijos aun, esos chalés que lo hacían sentir resentido, infeliz, una basura de carne y tripas vacías. Con los nueve años a cuestas y el hambre haciéndole mimos.

Dobló en la esquina. Al lado de la verja vio el asador clavado en la tierra: Como el Cristo en la cruz que hay en la iglesia, pensó puteando.

Un corderito solitario iba desprendiendo grasita de tono marrón glacé. No lo podía creer. Se detuvo echándole una ojeada bizca a ese derroche de la madre gula. Se le fueron achicando los ojos, hasta que los párpados, igual que las glándulas salivares, desprendían un curioso néctar gástrico, reflejo condicionado que Pavlov no estudió.

Contempló, con huérfana insistencia, el incienso que despedía el cordero. ¡Dios! Lo flanquearon ideas absurdas. Como saltar la verja y en un descuido llevarse el cordero con el hierro atravesado. Las minolas en mini, entre tanto, adobaban una mesa colmada de verdes, rojos, copas, vinos, refrescos y fuentes saturadas de bocaditos. Le dio vértigo.

Unos tipos con panzas gibosas se acercaban. El que parecía el dueño de casa, blandiendo un tenedor gigante y una faca que metía pavura, miró al bolita y lo invitó a pasar. Con sorna de mala entraña

El chico le miró los ojos. Dudaba, tenía miedo. Ya había atravesado todos los infiernos.

El estómago, enroscado sobre sí mismo, se le hizo un higo seco. Qué mierda me pueden hacer éstos. Apostó.

—Ponete en cuatro patas y entonces vas a ligar algo —le dijo el carrilludo revoleando la faca. Los otros reían. Satisfechos, divertidos. La histeria los atragantaba: era el delirio.

–Mové la cola, nene, ¿no sabés que los perritos mueven la colita? –Y dicho esto le dio una patada en el culo.

–¡¡Movála te digo! ¡O te cago a patadas, muerto de hambre!

Se atoraron con sus risas estúpidas, mientras los vientres contrahechos no cesaban de sacudirse. Como si tuvieran el mal de San Vito. Bolita meneaba el trasero. Las lágrimas le caían con rabia, como una cascada de odios salobres.

–¡Mercedes! Traé los huesos que guardaste para Pumita y dáselos a este perrito bolita. Te lo ganaste. ¡¡Qué manera de sacudir la colita! Tomá los huesos y rajá antes de que te podede la cola. ¡¡Rajá te digo!

Se desternillaron de risa. Uno, emocionado, se azuló con el asma. Las minas modosas meneaban el trasero. Voluptuosamente. La comparsa se concentró alrededor de la mesa. Puma, el ovejero, fue el único que vio al Bolita irse de apuro. Revoleando la cola con histeria se acercó a la bolsa de plástico. Los colmillos baboseantes le pegaron un tarascón, desparramó los huesos y los fue moliendo con esmero canino. Sacudiendo la cola. No tan bien como Bolita. Luego, se echó sobre el césped con bostezo de gandul.

Bolita fue creciendo. A los doce años le entintaron los dedos por primera vez.. Un choreo al paso. ¿Para qué volver al tugurio, dejarse apalear por el macho de la madre, verla todas las mañanas agarrar una hermanita prestada, salir para el centro, sentarse en la boca del subte, tirar la manga?

Bolita fumaba. Y entre hambres, piñas, chorrerías en los supermercados, cicatrices, arrancar carteras, fajar a un chorruto de morondanga, se fue haciendo duro, peleador, curtido en la calle. Haciéndole frente al más pintado. Veterano.

Llevá estos sobrecitos y repartilos entre las pibas de la escuela. Tomá, estos veinte son para vos. ¡¡Tomá, agarrálos!, –le dijo el tipo bien vestido que bajó del Peugeot.

Lo cazaron a los pocos días. Flor de biaba le dieron. Por reincidente. Alguien le puso abogado y lo sacaron limpio a la semana. Ahora vestía pantalón *Lee*, camisa de corderoy. Y una ristra de billetes dobladitos. El hambre se le fue a los malos recuerdos. Mové la cola mové la cola le dejó una llaguita. Como un rasguño sin cicatrizar. Nada importante.

Caminó hacia la avenida. Vio a las niñas bien que paseaban joviales. Cruzó despacio mirándolas con bronca. Esos pantalones ajustándoles los culos bien cebados. No para bolitas, pensó.

Siguió por el barrio de chalés de tejas rojas. Chimeneas aburridas contemplaban su pelambre. Oía gruñir a los perros. Ladraban. Les sacaba la lengua, o imitaba sus gruñidos. Se hastió. Prosiguió la ronda. Daba vueltas por esas calles arboladas sin saber para qué. Buscando qué.

Venía por enfrente con un perro ovejero. El abdomen prominente, más lento y pesado, las mandíbulas de boxer viejo algo caídas. Todavía erguido. Como milico retirado.

Le pegó una trompada prodigiosa, seca, bien dada en la jeta. Se tambaleó. El susurro sonaba como bramido:

—¡Ponete en cuatro patas! ¡Y mové la cola, movéla te digo, hijo e'puta!

El tipo imploraba. Un sollozo patético, áspero, postrero.

La sangre goteaba. Igual que una canilla sin cuerito. Encogido. Los ojos, testigos desorbitados de los navajazos, de su agonía; de las tinieblas que lo iban envolviendo. Tan frías; tan negras, tan tinieblas.

En un papelito escrito con letras rojas puesto entre los labios, se leía: ¡MOBE LA KOLA, MOBE LA KOLA. Los dedos, crispados, estrujaban la cola podada de un ovejero •

## El cortejo

**Ya de pendejo** me atraían los cortejos fúnebres. Ver pasar las carrozas ornadas en derredor con las coronas de bandas violetas y tiradas por caballos majestuosos, los aurigas con la ropa negra azabache y los sombreros de copa, la hilera de autos negroides desplazándose en lenta caravana, me generaban una fascinante atracción. Como la de esos moscones verdinegros que retozan sobre el estiércol hechizados por el olor nauseabundo de la mierda.

Además, veía a los tipos que gastaban sombrero descubrirse, quedarse parados como postes hasta que el cortejo atravesaba su campo de visión, volver a cubrirse la testa, retornar a los asuntos de los vivos. Yo junaba, y qué envidia me cachaba ¡¡madre mía! ante ese gesto ritual de sacarse y ponerse el funyi.

Pasaron años. Ya soy mayorcito, tengo hijos, pero sigo igual. Por eso voy a contar mis últimas andanzas. Ayer estuve en el hospital. Julito, el hermano menor de mi amigo Beto, se estroló con la moto contra el acoplado de un camión. Al verlo comprendí que no había nada que hacer. Era cuestión de horas. Pobre Julito. Los quejidos de su agonía me tenían excitado.

Yo pasaba la espera haciendo cálculos vergonzosos, imaginando cosas. No podía evadirme de esas fantasías; como si estuviese elucubrando en una pequeña y hermética celda de dos por uno. Mi imaginación, compulsiva y atrapada dentro de un cerco delimitado por púas sonrientes y necrófilas, fantaseaba una visión dramática y repelente.

Obsesiones que vuelven. Vuelven y no me dejan tranquilo. Y confieso que se trata de un fenómeno que se repite.¡¡¡Qué imágenes de mierda aterrizan en mi bocho, por dios! Por otra parte, en estos tiempos de mishiadura, corralito,

PAMI que no funciona, remedios que no se consiguen o guita que sólo alcanza para pan y fideos, hay finados a patadas y mi mente jodida se recrea con tantos fiambres potenciales y de facto. Hasta que la parca me diga: ¡¡Tu turno, pibe!. Ahí me voy a cocinar en mi propia salsa mortuoria. Mientras tanto, sigo en la mía.

–¿Usted es el hermano, no? –preguntó con voz aséptica y postura erótica la tipa de guardapolvo celeste que se acercó. Era una mujer de edad brumosa, cabellos trigueños, ojos verdes, ancas de salsera y una incipiente papada tridimensional.

–No. Soy amigo de Beto, el hermano mayor de este joven desgraciado .

–No es desgraciado. Yo diría que es afortunado. Vivir en este mundo corrupto es una desgracia, ¿no le parece? Y no se haga ilusiones –susurró la voz aséptica–, este muchacho está en las últimas, no se puede salvar. Es mejor que se lo informe al hermano. Y cuánto antes mejor, porque me da la impresión de que su amigo es bastante distraído.

–¿Usted es enfermera de esta sala? –pregunté por decir algo, sorprendido por la tirada filosófica de la mina aséptica.

–Trabajo aquí, sí. Y llámeme Matilde –susurró esta vez con voz de propina.

Se fue, deslizándose por el pasillo con olor a desinfectante, como una lunga sombra erótica, delgada y ojos verdosos. Y digo verdosos porque no eran propiamente verdes sino verdosientos. Y la papada contra natura, a medio camino entre ser y no ser.

Mientras aguardaba, nuevamente recobré el simulacro pergeñado por mi granujenta imaginación: El séquito detrás del ataúd –fantaseaba–, los amigos de Julito con los ojos enrojecidos, las minas con ojeras negras y jeans desastrados, los altos abedules meciéndose por la triste brisa que ponía la nota plástica; el fondo de película pastoral y silencioso. Beto y los otros hermanos hipando; los padres, de riguroso luto,

arrastrados por tías y tíos acongojados. Otros cortejos iban y venían, se cruzaban embotellándose. La comitiva que llegaba primera a un cruce tenía prioridad. Las otras, que llevaban sobre los hombros el ataúd con el muerto, debían frenarse, y seguro puteaban por lo bajo. Y bueno, esa es la norma de tránsito de la muerte: la comitiva que llega primera cruza, y las otras aguantan el féretro. El cortejo del pibe seguía el sendero y se acercaba a...

La llegada de Beto me frustró el final. Me quedé mirándolo y pensé: Quién diría que recién lo vi en el sepelio del hermano. ¡No tengo cura!

—¿Cómo está Julito? ¿Sigue mal, no?

—Beto, ¿vos tenés idea del estado de tu hermano? —le pregunté sin vueltas. No me contestó. Le repetí lo que me anunció Matilde voz aséptica.

—¿Cómo podemos ayudarlo, Flaco? Veo que sufre una barbaridad.

Fuimos a conversar con la enfermera. Adujo que no había nada que hacer. Beto insinuó:

—Es una crueldad dejarlo agonizar así, quizás ustedes podrían... —la mina con voz de ángulo obtuso lo cortó:

—No se les va ocurrir pedirle al médico que acelere el final.

—Escúcheme, Matilde —le digo— ¿Es humano dejar sufrir a este joven que no tiene salvación? Tal vez haya una manera de aliviar su agonía.

—Sí hay: dejarlo en paz hasta que se extinga. —Se dio media vuelta y entró en la sala.

Me fui a tomar un café. De paso decidí bajarme una ginebra con hielo y recomponer mis ideas. Esto de recomponer las ideas lo leí en algún lado. Sé que queda bien y por eso lo empleo.

Hacía tiempo que esas fantasías pervertidas (perversas, me corrigió el psicólogo) burilaban mi seso. Era suficiente ver a un tipo que me disgustase, o que una mujer se negara a mis

requerimientos, para iniciar el proceso de elucubración onírica preñada de coronas, féretros, café negro por decilitros, anís y grapa, las hipantes y patéticas lloronas de los velorios, y los pésames prolijos con jeta de circunstancias estudiados ante el espejo. ¡¡Qué artistas, viejo!

Cuando fantaseaba visiones fúnebres estando en vehículos públicos, las imágenes de llantos a veces me contagiaban, y más de una vez, en el colectivo o en el subte B, repleto hasta el techo, me caían lágrimas pesadas. En una oportunidad, incluso, una viejita con cara de buena me dijo: ¿Le pasa algo señor? ¿Puedo ayudarlo?

Fue entonces cuando recurrí al psicólogo. La verdad es que me trató unos meses y mejoré una barbaridad. En los últimos tiempos se me suelta la imaginación sólo en casos de finados al alcance de la mira. Como Julito. A los tipos que me joden los mando a la tumba con la mirada. Y a las minas que se me hacen las estrechitas las fantaseo en un ataúd acolchado de condones. ¡¡Y ¡chau!

Pensando en Julito volví al hospital. Beto fumaba en un rincón con cara de deudo. Me miró apagado, y encogiéndose de hombros se largó a sollozar.

Después de un rato, la Matilde salió apurada de la sala y regresó con un médico petiso vestido con guardapolvo –que alguna vez fue blanco– lleno de mugre. Nos asomamos y vimos que la cortina de la cama de Julito estaba corrida. El diminuto galeno reapareció dándonos la noticia.

Beto entró en la sala y yo me quedé charlando con Matilde. Le pregunté cómo había muerto el pibe y ella me dijo, algo sarcástica: Se durmió en la paz del Señor. Me quedé mirándola y la imaginé en un féretro de corcho flotando en el Riachuelo.

Después de consolar a Beto y abrazarlo, salí del hospital. Retomé mi fantasía sobre cómo iba a ser el sepelio de Julito. Tenía que pensar, darle un final apropiado: El cortejo detrás

del ataúd, los amigos de Julito con los ojos enrojecidos, las minas con ojeras negras y jeans desastrados, los altos.... ¡

¡Que lo parió! ¡¡No tengo cura! Es que la gente se sigue muriendo, ¡al carajo con la parca! ¿Cómo me puedo curar, eh? •

## Hombre viejo y cansado

**Se acercó a la ventana** y contempló el atardecer. Nubes solapadas se recortaban sobre el semicírculo anaranjado del horizonte mientras los rayos solares perforaban las penumbras. La idea, obscena, inquieta y repentina penetró en su mente como travesura intrascendente. El boceto afinado de la imagen semejava una obsesión tangible que iba entretejiéndose en su mente y adquiriría contornos cada vez más concretos. Es como una cuchillada hasta el mango, se le ocurrió luego. Era parte de él y ya no lo abandonaría. Lo inundó una pena enorme. Igual a la que siente alguien cuando se despide para siempre de un buen amigo, o de un antiguo amor reencontrado por azar y vuelto a perder. Fue a contemplarse al espejo. Vio una realidad descarnada, la prolija obra del tiempo que, como la gota a la piedra, horada, afloja, desmorona. ¿Cómo fue que ocurrió? Difícil confesar que corroe sin darte aviso, arguyó en un arranque de lástima, se posesiona de tu vida y no te deja alternativas.

Se acordó de la tardecita en que vio al colectivo en la parada y se apuró: La mente trotaba, se despellejaba corriendo y las piernas, como dos estacas, seguían allí haciéndome frente, burlándose de mi decisión. Definiría luego: decisión utópica, sólo fantasía. Lo ocurrido fue simple: cesó el esfuerzo, anuló la intención vencido por los jadeos y cuando arribó a la meta vio al colectivo perdiéndose entre la marea de vehículos. Se encogió de hombros, como restándole importancia. Voluntad y posibilidad se contradicen, filosofó más tarde con amargura.

Al día siguiente recordó otra anécdota. Fue cuando entró al vagón repleto del subterráneo y trastabilló. El olor ácido y la

transpiración se reclinaban sobre el ánimo percutido de la gente. Una mocita de ojos oblíquos, ropa modesta y zapatillas decrepitas se levantó y le ofreció el asiento: Siéntese, señor. Él sonrió y continuó de pie. Ella insistió; lo tomó del brazo obligándolo casi. La gente apretujada no prestó atención. La escena le pareció patética: inmisericorde y brutal, dedujo. La recobraba en esos sueños que acababan en pesadillas promiscuas y ácidas, como la atmósfera de aquel vagón repleto del subterráneo.

Así, de a fragmentos, se hizo cargo de que el tiempo y el lugar se apareaban a su destino. Lo escoltaban, aunque el tiempo proseguía implacable y él envejecía a la par del lugar, del mundo que conocía: las viviendas, los árboles, los niños que dejaban de serlo, los adolescentes que devenían en gente madura; los adultos que envejecían y morían. Percibía que en esa maratón de largo aliento el triunfador sería el rival intrigante, no él.

Se iba quedando casi sin notarlo. Se iba quedando sin tener rumbo. Pero sabía que se iba quedando. Estaba exhausto, sin aliento. Sus formas se estrujaban y comenzó a llevar una existencia más sedentaria. Entendió el significado y eso lo ponía mal, expuesto a ideas salpicadas de congoja; semejantes a un luto impreciso, prematuro y lacónico. Lo peor era que simulaba indiferencia, sonriendo con una mueca obtusa, insincera. Los crepúsculos lo tornaban lánguido. Contemplaba el sol en su estertor. A veces sentía frío en el alma. Siéntese señor le había dicho la mocita de ojos oblíquos, ropa modesta y zapatillas decrepitas.

Se le dio por tararear tangos de profunda nostalgia. Una aflicción le oprimía la garganta, como un collar dentado que escarbaba en su carne. Retornaba obcecado a la escena del vagón del subterráneo, recobrada como humillación. Melancólico, tornó a caminar por calles de la urbe repasando cada detalle. Lo vivía como un estribillo solemne para el tango postrero, el responso del adiós definitivo. Refugiado en largos silencios, iba modificando su vocabulario. El lenguaje pulcro y

brillante, como signo de su personalidad, iba resintiéndose, como si cruzase lagunas burlonas y huecas. Con pesar, descubrió hechos que no deseaba entrever, que vislumbraba como trozos fastidiosos de la realidad. Componía frasecitas luctuosas que luego le percutían en la mente con pérfido deleite. Aun las más banales.

Siéntese señor le había propuesto la mocita del vagón: proposición cándida y cruel, sentenció. Consternado, recordó las pérdidas de afectos, las incomprensiones generadas por su intolerancia y soberbia; una especie de confesión de antiguos pecados, y la penitencia sin absolución. Creía percibir a su paso miradas y cuchicheos. Aunque nadie preguntaba o le insinuaba, angustias se hospedaban en la mente; aviesas; como cuchillada hasta el mango. Linda metáfora, opinaba, pero muy hiriente. Reaccionaba con enfado, hasta enfurecido: ¡no es la vejez! ¡no es la vejez!. Se duchaba contemplando de reojo la imagen que columbraba en el espejo. Era como espiar por una ventana en penumbra y ver a un desconocido envilecido en su flacidez, desintegrándose, magullado y carcomido por la sigilosa demolición del tiempo. Luego, sus resuellos y el agotamiento. A veces retornaba al pasado. Le parecía ver una reiterativa pancarta pintada sobre los muros de su memoria: juventud, divino tesoro. Lugar común, repetía con rechazo, pero añoraba aquellos tiempos en que fantaseaba hazañas, conquistas, aventuras, proyectos. Aquella maldita palabra, en cambio, esas imágenes que le generaban lástima de sí mismo, eran parte de un vocabulario despreciable. Extraño y hosco. Siéntese señor palpitaba en su mente como una propuesta impúdica, aberrante.

Sentado ante esa pantalla que lo seducía, transcurrían sus noches de vigilia. La mente vacía, los dedos pálidos y tiesos, como sin vida. Le resultaba imposible bocetar ideas nuevas. Y el frío ese que lo atrapaba, especie de impreciso visitante de la noche. Bebía entonces los tragos de la madrugada: la acidez después del alcohol, recordó. El ardor

ascendía y lo abrasaba como un fuego insidioso, como un disparo pérfido que daba en el blanco de su garganta. Percibía en ello una gesta destructiva y dejaba hacer, sin vigor para oponerse.

Tengo que ceñirme al presente con recordatorios que luego olvido y notas que después no encuentro, masculló al despertarse esa mañana inundado por sueños ingratos y mezquinos. Imágenes indeseables, como clavijas desdorosas, iban herrumbrando su alma desde dentro, posesionándose de su vida y sentimientos. Confundía cosas, promesas, detalles: la memoria traicionándolo, pensamientos inconclusos, una lentitud borrosa que le impedía tomar decisiones. Arrepentido, recordó su complicidad con las burlas a los viejos que no recuerdan ni reconocen apabullados por los años y la vejez. Es la revancha por el pecado, pensó. Siéntese señor le había dicho la mocita aquélla de ojos oblícuos, ropa modesta y zapatillas decrepitas. Y cuando le ofreció el asiento, reptó entre la cobardía del instante y la convicción de intuir. Intuir el mensaje, una especie de esperanto simple e irrefutable.

Una noche enfrentó la pregunta que lo acechaba: ¿voy hacia ella o viene hacia mí? Hizo una mueca, remedando una sonrisa inconclusa, y la respuesta le pareció un fruto maduro que caía por efecto de la ley de gravedad. Levantó la cabeza. Observó los reflejos de una luna pálida tiznada por negras nubes esparciéndose sobre las casitas pobres como las que conoció en su niñez, que recobraban así su respetabilidad edilicia. Se sintió desválido, abrumado por presagios y miedos. Luego, Elvira. Ese nombre, escrito en el dorso de una foto ajada en la que una muchacha le sonreía, le recordaba algo. Gesto inútil: Elvira, Elvira, ¿qué Elvira? Elvira, Elvira; ¿por qué ese nombre? Se revolvía desesperado, entrecerraba los párpados cuestionando su humillante amnesia. Creyó saber pero temía el desdoro del equívoco, el oprobio indecoroso del error.

Desmejoraba. Andá a ver a tu médico, le sugirieron. El entorno le resultaba insoportable. Era como un fastidio

reincidente, una persecución de delirio. Siéntese señor le había dicho la mocita. Era la apostasía de los años mutilándolo sin piedad. Estaba convencido: debía oponerse, no desbarrancarse, impedir el desplome.

Todo en usted funciona de acuerdo a la edad, dijo la voz acuosa desde el otro lado del escritorio, un hombre de guardapolvo blanco, ojos claros y una sonrisa desalmada. Parecía hablarle desde un pozo profundo. Él contemplaba la camilla y creyó vislumbrar un bulto semejante al cuerpo de un hombre viejo y cansado. No, amigo, usted ahora no tiene ninguna enfermedad, le repitió con un guiño canalla el hombre de guardapolvo blanco...

Él ya no lo escuchaba. El cuerpo del hombre viejo y cansado echado sobre la camilla se volvió clavándole una mirada afligida. Sorprendido, comprobó que ese cuerpo y aquellos ojos eran los suyos ▪

# Olga, Galleguita

A José,  
fervor y tango de Buenos Aires

**Y aunque** no te conmovían los tangos, tu cara fresca me conmovía a mí y eso me bastaba. Cometiste el pecado de ser la Galleguita Olga, y tu frescura caía sobre mis sueños empapándome de ilusiones.

Y te decía con lasciva angustia que tu pubis era como un cuadro del renacimiento; y que tus piernas, largas y pálidas, eran una llamada de amor indio.

Y vos enfurruñada me crucificabas: Andá a joder a otras con esas comparaciones tontitas, y al decirlo recogiste tu cabello revuelto por la brisa.

Y vos meneabas ese garbo traído de las muñeiras de Galicia, donde tus viejos se rompieron el lomo gallego.

Y yo disfrutaba tu pantalon ajustado. Eras un ángel distraído que llegaste hasta la calle de baldosas sueltas que se rompían a tu paso y en la que gorriones incestuosos se columpiaban entre esos paraísos que se llevó el tiempo, arrugados exhaustos por inviernos tétricos lúgubres.

Y tengo en la retina tus ojos color difuso oscuros parpadeando con esa candidez deliberada que regocijaba mi corazón.

Y eras como un fresco pintado sobre una pared de barrio por un artista muerto de amor y pena. Y Sos un adulador mentiroso me decías sacudiéndome aquel dedo tan blanco y delgado que yo llamaba aguja de colchonero.

Y entonces te hacías la rata yéndote por largos días, tan largos y tan tristes me parecían que había decidido voltearme y dejarme morir.

Y entonces llegabas confundida entre un montón de sonámbulos sacándome la lengua como relamiendo una costra de chocolate.

Y aparecías como un trasgo envuelta en la niebla que trepaba del Riachuelo y yo suspirando, marmota imberbe aplanado por una ristra de emociones virginales.

Y a veces te imaginaba taconeando como una andaluza metida en esos timbos bochincheros, mientras tus piernas largas y pálidas llamada de amor indio se deslizaban entre las burbujas de la tardecita de ensueños e ilusiones, como para tomar mate con rosquitas o una taza de café renegrido con bizcochitos de grasa.

Y siempre pensándote en la cama arrullados entre las sábanas, y los sexos buscándose con premura e inocencia para gemir entre vaivenes agónicos y desesperados.

Y veía a esos tipos desgarrados que con estulticia desapareja te desnudaban sin bochorno con miradas concupiscentes y salivosas.

Y me angustié el día ese en que sentada en la fonda de la calle Río Bamba susurraste: me voy. ¿Que qué? me voy, y no pongas cara de cristo apuñaleado o de Che Guevara sobre el mármol sucio y frío, que me voy...

Y no supe de vos hasta que encontraron tus piernas largas y pálidas llamada de amor indio, tu cara fresca y el pubis, que era como un cuadro del renacimiento, tumbados en ese basural del Docke. Y con la sangre reseca y negra, como el alma del que te violó y te punzó la garganta, tan suave tan bella tan Olga, Galleguita .

Y tus ojos color difuso rociados por aquellos lagrimones que resbalaban con pena, porque vos Olga Galleguita te fuiste con tus pájaros a saltar de rama en rama sobre los paraísos de la barriada.

Y el fresco pintado sobre una pared de barrio por un artista muerto de amor y pena yace atribulado entre velas de colores y lágrimas de yeso.

Y ahora ya no te escucho pucha decirme con aquella voz de sonsa: Sos un adulator mentiroso, sacudiéndome aquel dedo tan blanco y delgado que yo llamaba aguja de colchonero.

Y yo que quiero dejarme morir, Olga Galleguita, porque acuchillaron tu inocencia y a la mía la murieron ▪

# Hambrienta que diste el mal paso

A Saulito Drajer; más  
que gomía, noerma

**Che pibita** me pidieron una historia de putitas de “la costurerita que dio el mal paso” me aclararon... y yo che pibita los mandé a la mierda les dije: no hay costureritas no hay malos pasos lo que hay es un ragú de la gran puta.

Y quiero contar tu historia de che pibita sin escuela ni muñecas sin vasos de leche ni cacao sin mandarinas ni ciruelas sin ternura sin besos sin caricias sin vestidos sin carne ¡qué lujo che! cómo se te ocurre tamaño desatino che pibita.

Con esos jirones de pollerita gastada y esas tiras que fueron sandalias en otro tiempo otro mundo esas greñas sobre tu cabecita apenada ojos mustios tirando la manga suplicando la moneda.

Tu sonrisa disfraz de corazón sin ganas que a gatas si hace tum tam tum tam tum tam mientras las tripas se revuelven en el vacío obtuso del ragú.

Gemís por tu viejo que se amasijó en una tarde sin sol y no te queda nadie que vaya al curro o a recoger migajas de miseria en las basuras de la urbe che pibita.

Llegaste a los trece larga flaca con alguna pizca de belleza de otro tiempo alicaída remanente que adornaba a la marchanta la angurria de tus días.

Fue cuando el tipo ojos de crápula que siempre sonríe te tiró un par de mangos y un caramelo y el ojos de crápula que siempre sonríe te llevó a la pieza tumbándote sobre el sucio cotín de piojoso allí consumó la obra para que aprendas a dar el mal paso aunque no sos costurerita

Ahora che pibita ya no estás hambrienta el ragú se te fue a barajas pero dejaste tu alma colgada de la ventana con un broche de ácida esperanza.

Entre tanto los sueños ilusiones que alguna vez fantaseaste se volaron che pibita volaron alto hasta ese cielo azul que ahora contemplás desde las lágrimas que te empañan cuando ejercitás tus malos pasos en madrugadas de hotel barato.

O más tarde che pibita cuando volvés de hacerles la comedia del jadeo a esos veinte giles creídos de que compran tu amor por cuatro chirolas che pibita *solitude*.

Y ojos de crápula que siempre sonríe te arrebató los morlacos de tus malos pasos aunque no sos costurerita a vos que ni de palabra escuchaste alguna vez hablar de amor che pibita.

Así da vuelta la calesita y ¡qué mala pata! nunca ligás la sortija ni de chica ni luego del mal paso que te hicieron dar aunque no sos costurerita por ese ragú maldito ¿no es cierto, che pibita?

Acá termina así sigue la historia de hambrienta che pibita que sin ser costurerita le hicieron dar el mal paso ▪

## Índice de obras

Reflexiones  
Prefacio y confesión  
Chamuyo de Saúl...

Réquiem para una ciudad difunta  
Esta murga se formó  
Lucía baila el tango  
Virolita  
Aserrín Aserrán  
Recorte amarillo  
Ojos celestes  
La sonrisa  
Las dos muertes de Tomás Achille  
Cuesta abajo  
Tía Julia  
En busca del paraíso perdido  
Nada + nada = cero  
Mañana hay que madrugar  
El Turquito Baltasar  
Luciano Peralta  
Qué gente mas sucia  
Mové la cola  
El cortejo  
Hombre viejo y cansado  
Olga Galleguita  
Costurerita que diste el mal paso

## ***La trastienda de Andrés Aldao***

Hijo de judíos y tanos, gallegos y turcos, taitas y malevos, bailarines de tango y filósofos de esquinas, inmigrantes proletarios y porteños jurados, Andrés Aldao, nacido en Buenos Aires en 1929, es un hombre de convicciones, un poeta prosaico que llegó “más vale tarde que nunca” al planeta de las letras. Como premonición, nació en el barrio de Boedo cuna de bardos, músicos y bailarines de tango en un hogar de “rusos” que hablaban el idish más hermoso, el litvak de Grodno. Ostenta con orgullo ser el filio de dos inmigrantes que llegaron a la América equivocada (ufa qué suerte, mi madre) a Buenos Aires la Reina del Plata en 1923. Que vivieron en la urbe porteña durante muchos años, conocieron el conventillo por dentro, se enveciaron con el yuyo verde, lucharon por el pan y la sobrevivencia. Atravesaron la gran huelga de los obreros sastres de 1936, la década infame, los años dichosos del peronismo perdidos luego durante la infamia libertadora, la infamia onganista, la infamia isabelina triple A, la infamia del proceso, las infamias de Alfonsín y Menem e inda mais. Los padres le dejaron valores a los que Andrés Aldao nunca renunció, por ejemplo: «jamás traicionarás a los tuyos; los libros son amigos fieles que sólo te piden cuidarlos; la revolución es un sueño feloneado.». Hoy Zalmen y Jana Korilchik duermen su último sueño en un silencioso sepulcro de Tablada, desde donde una brisa solitaria acaricia los recuerdos judíos rioplatenses de Andrés Aldao. Estos retazos de ***Calles Empolvadas De Recuerdos*** son un homenaje a la memoria de sus padres ●

### **Obras publicadas de Andrés Aldao :**

- ***Argentina: de Factoría Agropecuaria a Neodependencia Industrial (1971)***
- ***Cuentos Desde Lejos (1998)***
- ***Al Servicio de la Vida –en castellano y hebreo. (1999/2002)***
- ***Ensayitos y Sarcasmos en Compás de 2x4 (2001)***
- ***Calles Empolvadas de Recuerdos (2002)***
- **A + B Memoria cotidiana – en colaboración con Ernesto A. Bavio (mayo, 2004)**